

Paraíso



RAÚL MÉNDEZ RODRÍGUEZ

PARAÍSO

RAÚL MÉNDEZ RODRÍGUEZ

**sello
EDI**

Trabajo editorial:
Sello Editorial Dimensión Inédita
www.selloedi.com

PARAÍSO
© Raúl Méndez Rodríguez, 2026
www.rgmendezr.com

Méndez Rodríguez, Raúl
Paraíso / Raúl Méndez Rodríguez. –
Primera edición – San Ramón, Alajuela,
Costa Rica: Sello EDI, 2026.
104 páginas; 13.97 × 21.59 cm

ISBN: 978-9930-01-098-3

1. NOVELA COSTARRICENSE.
2. LITERATURA COSTARRICENSE.
- I. Título.

Prohibida la reproducción total o parcial.
Todos los derechos reservados.
Hecho el depósito de ley.

Con cariño, R.

I

El monedero de cuero gastado de Bernarda no hacía ruido cuando Clodomiro metía la mano. Sus dedos finos se deslizaban entre las monedas pesadas de un colón hasta las piezas menudas de cincuenta céntimos, livianas en el bolsillo y limpias contra el lastre. El niño salía del cuarto despacio, arrastrando los pies por el corredor de tierra.

La pulpería de don Chano olía a manteca de cerdo, sacos de yute húmedos y keroseno evaporado. Detrás del mostrador de madera carcomida brillaba un tarro donde los confites ácidos se pegaban unos a otros: naranja, amarillo rabioso y verde limón, bajo un polvo blanco que picaba en la lengua. Clodomiro pagó el dinero exacto sin mirar al pulpero. Don Chano, con las uñas sucias de picadura de tabaco, le advirtió que esos confites torcían la boca del más jugado.

—Para eso es —respondió el niño.

El reparto en el callejón trasero tenía un orden riguroso. A los muchachos que le regalaban canicas les tocaban los dulces amarillos, que espesaban la saliva pero pasaban rápido. A Federico, que le había ganado una carrera y le había gritado orejón frente a las muchachas, le entregó el confite verde, el más oscuro, el que sabía a vinagre y cal. Los ojos del otro se llenaron de agua; la mandíbula se apretó para no escupir. El polvo blanco quedó pegado al pulgar de Clodomiro. Mantuvo la mano baja.

Federico, con la cara encendida, mordió el confite por la mitad. Tragó los pedazos y dijo que estaba

bueno. Clodomiro sintió un frío en la nuca. Sacó otro dulce de la bolsa y se lo puso en la mano.

Al caer la tarde, Bernarda vació el monedero sobre la mesa. No amontonaba el dinero por denominación, sino por el grosor del metal; decía que las monedas delgadas eran las primeras en perderse cuando la casa se llenaba de humo. El muchacho la miró desde el umbral, con la camisa desabotonada y el polvo pegado a las mejillas. En el fogón, una olla de hierro hervía agua.

Bernarda no levantó los ojos.

—¿Estuvieron muy dulces?

Clodomiro tanteó el discurso ensayado junto a la cerca: los huérfanos de la colina, la caridad que Dios anotaba en su cuaderno, la debilidad de la carne. Bernarda miró la comisura de sus labios, la uña que escarbaba el suelo y el bolsillo abultado por la bolsa de papel.

Cerró el broche de latón del monedero y dejó una moneda sobre la madera astillada.

Clodomiro abrió la boca y volvió a cerrarla. Al día siguiente regresó a la pulpería de don Chano, pero compró dulces de menta, con sabor a farmacia.

II

Bernarda Delencanto se levantaba antes de que los gallos terminaran de aclarar la garganta si escuchaba un silbido en el pecho de alguno de sus hijos. Ponía a hervir agua para el café, revisaba las camisas remendadas que se secaban sobre el cerco y se reía de los hombres del pueblo que hablaban de gobernar el país con la misma soltura con la que evitaban agarrar una escoba. El suyo quedaba para el final y casi siempre se lo bebía de pie, ya tibio, mientras alguien volvía a llamarla.

Llevaba un vestido de percal azul con zurcidos hechos por el revés. Los domingos caminaba derecha como una regla y nadie notaba el remiendo bajo la axila izquierda. En la cocina repasaba las puntadas con el pulgar y arrancaba con los dientes los hilos que asomaban.

El día que el padre decidió mandar a Clodomiro al cerro con la abuela, Bernarda tenía las manos metidas en una masa de maíz amarillo. El hombre habló con voz de juez de paz: al muchacho le faltaba un azadón y la mesa no daba para otro plato. Lo dijo de espaldas, mirando por la ventana una yegua flaca bajo el poró.

Bernarda dejó caer una bola de masa sobre la tabla.

—Mandar al muchacho a otra parte no hace que nos rinda más la comida aquí.

El hombre le ordenó que se callara. Bernarda soltó una carcajada corta. En el fregadero había platos grasientos; junto a la hornilla, dos niños se disputaban una cáscara de plátano verde.

—Eso hago desde que me casé.

El padre salió a remendar un portón que no tenía los clavos sueltos.

Bernarda llamó al muchacho al rincón del fogón. Clodomiro esperaba un escapulario, una bendición con lágrimas, algún papel que le diera importancia frente a sus hermanos. Ella le puso en la palma una aguja larga y gruesa, de punta triangular, de las que servían para cerrar sacos y remendar aparejos, envuelta en un retazo de manta.

—Para cuando se le rompa la ropa.

—No sé de costuras.

—Por eso.

El metal no brillaba ni servía contra los perros del camino. Clodomiro guardó la aguja junto a los dos confites ácidos que le quedaban.

Bernarda lo besó en el pelo y volvió a la batea. Años después, las beatas contarían que había entregado a su hijo a la iglesia con alegría santa. Cuando el muchacho dobló la cuesta, Bernarda siguió con las manos quietas hasta que la sombra del poró alcanzó la puerta.

Tres semanas más tarde, Josefa lo llevó de vuelta a la casa del callejón: Bernarda había empezado con los dolores. El cuarto olía a sudor, hojas de naranja agria hervidas y sábanas empapadas. Las vecinas entraron con baldes de agua caliente, manteca de gallina y escapularios doblados en cuatro. Los hombres se quedaron en el corredor hablando del precio del café y de la lluvia sobre el lastre.

Clodomiro se escurrió hasta el marco de la puerta. La mano derecha de Bernarda colgaba fuera del jergón, abierta, con las uñas llenas de tierra de la batea. Por el suelo corría un hilo de agua oscura.

El cura de la parroquia llegó cuando la luz empezaba a ponerse amarilla. Olía a lavanda y cera de altar. Habló de la corona del sufrimiento, del descanso eterno y del pago que Dios hace a las madres abnegadas. Clodomiro escuchó con hambre. Cuando oyó la palabra descanso, aflojó la mandíbula. El olor a sangre seguía en el cuarto.

Bernarda dejó de respirar antes de que el cura terminara de untarle el aceite en la frente. El carajillo que acababa de nacer no hizo ningún ruido. Una vecina comentó que Dios sabía lo que hacía al llevárselos juntos.

Esa noche, Clodomiro desenvolvió la aguja junto a las cenizas del fogón y apoyó la punta en el centro de la palma. La piel se hundió hasta volverse blanca. Guardó la aguja antes de romper la piel.

Al amanecer, el vecindario decía que Dios había llamado a Bernarda porque ya había cumplido su tarea de madre. Josefa espantó con el rosario una mosca de la boca del recién nacido.

III

Josefa recibió al muchacho con un plato de yuca harinosa.

—Viene con mañas de otro lado.

Su rancho del cerro tenía cuatro santos de yeso con las narices rotas, una mesa de tres patas y una gotera que parecía nómada en la casa. La vieja no mandaba reparar la mesa. Decía que aunque algo no quede perfecto, igual sirve para cumplir su función.

Rezaban antes de que el sol pegara en las lomas. Josefa no cerraba los ojos durante las avemarías; con una mano sostenía el rosario y con la otra vigilaba que los gatos no se metieran con el queso. El crucifijo colgaba de un clavo torcido. Clodomiro intentó enderezarlo una tarde.

—Déjelo. No le pasa nada por mirar el mundo de lado.

Con la aguja de Bernarda, el muchacho aprendió a coser los sacos de café que se rompían en la bodega. Los puntos le salían toscos y desiguales. Josefa pasaba la mano seca sobre la costura, tiraba del hilo con fuerza y asentía.

—Mientras sostenga el grano, no importa lo feo de la puntada.

Al día siguiente, Josefa deshizo dos de los puntos porque había dejado la boca del saco torcida. Clodomiro protestó que el grano no se salía. La vieja le puso la aguja otra vez en la mano.

Por las noches Clodomiro pedía maldades pequeñas: que al vecino se le secara el limonero, que el primo de las canicas se machucara un dedo. Se arrepentía antes de terminar y empezaba otra avemaría.

El cura del cerro descubrió que memorizaba las respuestas antes que los monaguillos y consiguió que lo recibieran como alumno de caridad. Clodomiro aceptó sin saber si lo atraían más los libros, las comidas regulares o el silencio que seguía a la voz del sacerdote.

En el seminario de la provincia, Clodomiro aprendió a imitar la voz hasta que las oraciones sonaran a mandato. Le enseñaron un latín suficiente para cerrar preguntas y unas pausas largas que pasaban por sabiduría. Una mañana, durante una práctica de doctrina, un campesino insistió en saber por qué debía pagar dos veces el bautismo de un hijo que apenas respiraba. Clodomiro repitió la fórmula en latín y dejó un silencio detrás. El hombre bajó la cabeza, sacó las monedas y no volvió a preguntar.

Alguna vez le dijeron que tenía presencia. Clodomiro guardó la frase donde antes había guardado los confites.

Recibió las órdenes con una sotana prestada y una voz que ya sabía llenar los silencios.

Del padre supo por una carta de uno de sus hermanos que había muerto de fiebre. Del recién nacido, muerto antes del bautismo, no había nombre ni asiento que buscar.

Lo trasladaron de parroquia en parroquia hasta terminar en un despacho lateral de la vicaría, encargado de un archivo donde nacimientos, bodas y defunciones se amontonaban con caligrafías distintas. Allí comprendió que un trazo en un documento puede cambiarle la vida a alguien para bien o para mal.

Una tarde entró una mujer descalza con un carajillo dormido al hombro. Ocupaba una constancia de matrimonio para que no le quitaran el solar de yuca que su cuñado reclamaba. El apellido del marido muerto estaba escrito con una falta de ortografía que parecía un escupitajo de tinta.

Clodomiro comparó firmas y fechas. Corrigió la letra con un trazo limpio y le entregó el documento sin pedir los dos colones del derecho de firma. La mujer intentó besarle la mano. Él la retiró.

El carajillo aprovechó el movimiento para robar una pluma y esconderla en la camisa. Clodomiro lo vio y no dijo nada. Cuando se fueron, quedó sobre la madera una marca clara donde la pluma había descansado durante años.

Esa noche oyó agua corriente dentro de las paredes. No había quebrada cerca. En el fondo de un armario encontró un expediente roído por los ratones: hablaba de un valle entre lomas altas, una población sin doctrina formal y un río que el secretario había señalado sin nombrar. En el margen, una mano había dibujado una piedra con espirales. Debajo, con tinta desvaída, alguien escribió: marca de la creciente grande. Otra mano tachó la frase sin borrarla.

El informe terminaba a mitad de página.

IV

El forastero entró al archivo con las canillas embarradas, la barba crecida a manchones y el sombrero de paja goteando. El agua le había separado el pelo en mechones. Detrás de la oreja izquierda, bajo la línea del cabello, asomaba una mancha color vino. Se bebió un jarro de agua de un solo trago y se quedó mirando la Biblia abierta sobre el escritorio. Preguntó si aquel libro hablaba de las cosas del principio del mundo.

Clodomiro le leyó el diluvio. Dio al arca madera de cedro, al agua las crecidas del río San Juan y a los animales el paso ordenado de una fila de arrieros. El hombre escuchó con la boca abierta. Al final preguntó si aquella historia la había inventado el cura para pasar el rato.

Clodomiro cerró el tomo con un golpe.

El forastero venía del valle del expediente, al que en la costa llamaban Paraíso. Había pasado varios años trabajando junto al mar. Dijo que en el valle las mandarinas caían y se pudrían porque nadie alcanzaba a comerlas, y que el río era ancho, limpio y pensativo. Cuando Clodomiro preguntó por qué había salido de un lugar así, el hombre miró la sangre seca bajo la uña del pulgar.

—Quise demasiado a una muchacha de la costa.

Después habló de seguirla. Luego, de encerrarle el paso. Al repetir que ella no había querido dejarse querer, se atoró con la última palabra.

Confesó que le había golpeado la cara. Al día siguiente, el ojo izquierdo de la muchacha amaneció morado y sus parientes empezaron a afilar machetes. Él tomó el trillo antes de que aclarara.

—Me fui antes de que me miraran.

Clodomiro dejó la pluma junto al registro.

—No me pida que le borre el golpe.

El hombre dijo que al recordar el ojo morado sentía frío en el estómago; al recordar que ella no había querido mirarlo, pensaba en volver con el machete. Cada vez que decía amor, apretaba el sombrero entre las rodillas.

Clodomiro le explicó que ningún rezo podía deshacer el golpe. Después levantó la mano y lo absolvió.

El forastero le besó la manga y salió casi corriendo. Clodomiro quedó solo.

Esa noche el rumor del río sonó otra vez dentro del adobe. Entre el agua, alguien daba órdenes. Clodomiro escuchó hasta el amanecer y decidió que la voz venía del valle.

Redactó una carta al obispado pidiendo licencia para misionar en los valles del sur. La respuesta no llegó. Al tercer día interpretó el silencio como permiso.

Subió al cerro a despedirse de Josefa. La encontró en el taburete, conversando con gallinas imaginarias. Cuando él habló de frutas grandes, gente sin cura y un río que parecía llamarlo, la vieja recuperó por un instante la mirada de antes.

—¿Le dieron permiso?

Clodomiro acomodó el saco entre las rodillas.

—Escribí.

Josefa tiró del cordel que cerraba la boca del saco. El nudo cedió. Josefa lo cerró de nuevo.

De vuelta en la vicaría, copió en una hoja el dibujo de la piedra y las palabras que otra mano había intentado tachar. La dobló dentro de la Biblia.

Para pagar el viaje, Clodomiro sacó del cajón de las ofrendas una cadena de plata que una viuda había dejado para el altar de la Virgen. El último eslabón raspó el fondo del cajón antes de soltarse. Murmuró providencia mientras el comprador contaba las monedas. Metió en la mochila la Biblia, una muda, la aguja de Bernarda y un pedazo de queso.

No fue a despedirse de la mujer del solar de yuca. Salió antes de que aclarara, sin volver la cabeza hacia la oficina.

V

El trillo hacia el valle parecía trazado por animales que se habían perdido varias veces. Clodomiro subió con la sotana mojada por el rocío, las pantorrillas rasguñadas y la Biblia golpeándole las costillas dentro del saco de lona. Al segundo día la tela se abrió desde la rodilla hasta el muslo. Se sentó bajo un platanillo, enhebró la aguja de Bernarda y cerró la rotura con puntadas torcidas. Tiró del hilo. La costura sostuvo.

Una tarde el cielo se cerró y un aguacero de montaña bajó con ramas secas y el cuerpo podrido de una ternera. En medio del trueno creyó escuchar a Bernarda llamándolo. Respondió a gritos; la montaña devolvió agua contra las hojas.

Con calentura y luces amarillas en la vista, encontró a un carajillo que buscaba una vaca. El muchacho llevaba una herida vieja en la rodilla, con pus en los bordes, y lloraba sin ruido. Clodomiro le mostró el agua y el retazo antes de acercarse. Le lavó el corte. Luego le dio el último pedazo de queso. El niño dijo su nombre tan bajo que el sacerdote tuvo que pedirle que lo repitiera.

El rumor de Paraíso se escuchó mucho antes de que las lomas dejaran ver el valle. Desde una piedra alta, Clodomiro vio el río partir los sembradíos con una calma inmóvil. Había techos de paja, humo de cocina y carajillos corriendo detrás de un perro flaco. Cayó de rodillas sobre el lastre.

Pensó que Dios se había olvidado de poner orden en aquel rincón.

Bajó hacia una naciente entre dos rocas de cal. El agua estaba quieta de un modo raro. Al inclinarse sintió un golpe frío en la espalda que le apagó la cadera. No vio mano ni piedra. Las piernas se le quedaron sueltas y cayó en el barrial con la boca llena de hojas secas.

Despertó en un rancho de caña brava. Una carajilla le limpiaba la frente con un retazo húmedo. Al intentar mover los dedos del pie derecho, sintió que pertenecían a otro catre.

Nadie pudo ponerse de acuerdo sobre lo ocurrido. Unos dijeron que había resbalado; otros, que el río le había pasado un brazo por la espalda. Anselmo mandó revisar la naciente. No encontraron más que musgo arrancado y barro removido.

Al caer la tarde, Clodomiro lo vio detrás del rancho, de pie frente a una piedra, discutiendo con alguien que no estaba. Anselmo cedía el turno, escuchaba con la cabeza inclinada y de pronto soltaba una risa que le doblaba los hombros. Lidia pasó a su lado con un balde y apartó una azada del trillo sin interrumpirlo. Los hombres que volvían de la naciente bajaron la voz. Nadie explicó nada.

—La grande no llegó hasta la naciente —dijo Anselmo, todavía de espaldas—. Dobló junto al cacao viejo.

Esperó con la cabeza inclinada.

—Las vueltas se hicieron para acordarse, no para que uno les gane la discusión.

Volvió a reír. Clodomiro no sabía qué creciente ni qué vueltas nombraba. Lidia siguió cargando el balde.

Más tarde, Anselmo entró con barro en las canillas. Señaló qué musgo estaba arrancado, dónde se hundía el talón y qué huellas pertenecían a los hombres que habían ido a revisar. Concluyó que no había prueba para ninguna de las versiones. Habló sin mirar hacia la piedra. Cuando terminó, apoyó las manos en la mesa hasta que dejaron de temblarle.

La carajilla se llamaba Lidia. Al principio, el dolor y la fiebre le desordenaban a Clodomiro los nombres y parentescos. Ella le explicaba quién vivía detrás de cada loma y qué hojas hervían cuando un carajillo empezaba a arder. Anselmo completaba lo que ella olvidaba cuando la conversación no podía esperar.

Durante meses, Clodomiro aprendió el valle desde la hamaca: techo, fiebre, herencia, lluvia. Lidia se reía cuando confundía el nombre de una loma con el de la familia que vivía detrás. Él no se reía, pero volvía a preguntar.

Una mañana señaló el río y preguntó por dónde seguía detrás de los sembradíos. Lidia trazó tres curvas en el aire. Él abrió una hoja sobre la manta, dibujó una línea y escribió río. Lidia miró la línea. Clodomiro dobló la hoja.

Una tarde ella derramó agua sobre la manta por andar mirando el crucifijo. Se quedó inmóvil, a la espera del regaño. Clodomiro dijo gracias. Lidia miró detrás de ella para comprobar que la palabra no iba dirigida a otra persona.

Después preguntó si los curas también tenían ombligo. Clodomiro fingió no oírla. Lidia repitió la pregunta más fuerte. Él respondió que sí y ella quiso saber para qué, si no tenían hijos. La risa le dolió en la espalda, pero fue la primera que le salió desde la caída.

VI

Anselmo acomodó a Clodomiro en el corredor de su rancho grande. Tenía la espalda de quien había volteado montaña a puro machete, las uñas negras de tierra de siembra y una desconfianza pacífica hacia cualquier discurso que exigiera ponerse de rodillas.

Amarraron una hamaca ancha de cáñamo entre dos vigas de poró. Lidia y Anselmo aprendieron a sostenerle el borde para cambiarle el peso, acercarle la batea y poner una manta seca donde el cáñamo le calentaba la piel. Dejaron una cuerda corta al costado para que Clodomiro pudiera acercarse a la mesa sin pedir ayuda. Al principio pedía ayuda para alcanzar el vaso. Una mañana tensó la cuerda, bebió sin llamar a nadie y dejó el vaso dentro del alcance de su mano. Después empezó a indicar dónde poner la mesa, cuánto abrir la ventana y en qué punto del corredor debía esperar cada visitante.

El vecindario bajaba al caer la tarde. Una mujer llevaba caldo con culantro coyote; otra, hojas de saúco para el frío de las espinillas. Lidia le recordaba los nombres y parentescos que el cura aún confundía. Clodomiro escuchaba, preguntaba y resolvía con frases cortas. Al día siguiente había más yucas junto al poste de la hamaca.

Una vez confundió a dos hermanos y mandó devolver una azada al que la había prestado. Lidia corrigió el apellido. Clodomiro tachó una vez y siguió.

Anselmo lo observaba desde un taburete ancho de cuero, con respaldo bajo, mascando jengibre para el dolor de muelas. Cuando muchas voces se juntaban,

fijaba los ojos en un remache y lo contaba con el pulgar hasta que el ruido volvía a separarse. Solo entonces intervenía. Entre una frase y otra tosía hacia el patio.

—Habla muy bonito.

Clodomiro respondió que para eso lo habían tenido cinco años estudiando latín.

—El que le quiere vender a uno un engaño siempre habla bonito.

El sacerdote señaló el montón de mandarinas y yucas. Dijo que no cobraba un colón por escuchar cuitas.

Anselmo calculó el montón con los ojos y empujó una de las yucas con el talón.

—¿Y esto qué es?

Cuando el vecindario se juntaba frente a la hamaca, Anselmo atravesaba el taburete en el corredor. Los visitantes tenían que rodearlo, tropezar o pedirle que se moviera. Clodomiro empezó a anotar nombres en hojas sueltas: quién debía volver, quién necesitaba un testigo, quién había recibido un favor. Decía que así ninguna pena se perdía. Anselmo le preguntaba si todos habían pedido quedar apuntados.

Una tarde llegó una mujer con un carajillo ardiendo de fiebre. Clodomiro recomendó agua hervida, hojas de limón, paños limpios y el catre junto al viento. Tres días después, el niño jugaba con el perro. La madre habló de milagro; Clodomiro habló del agua y de las sábanas. Ella siguió llamándolo santo menor.

Las mismas hojas no le bajaron la calentura a la hija de Tomasa. La llevaron en hamaca hasta la costa y regresaron con una botella de quinina, una deuda de dos cosechas y la niña todavía débil. Tomasa preguntó por qué un remedio servía en una casa y en otra no. Clodomiro le devolvió las yucas que había dejado junto al poste. No encontró una frase que mejorara la respuesta.

Otra tarde entró un hombre del cerro arrastrando un machete mellado. Se llamaba Laureano. Venía recién afeitado, con la camisa lavada y el pelo oscuro peinado de lado. Pidió permiso para traer a su mujer a la fuerza del rancho de su suegro, porque, según él, la ley de la iglesia obligaba a la esposa a seguir al marido aunque este le diera de sartenazos. Olía a guaro y potrero mojado.

Clodomiro lo dejó hablar hasta que empezó a repetir las mismas palabras.

—La religión no le da permiso de pegarle a nadie —dijo—. Vaya a enfriar la borrachera y deje a su mujer en paz.

Laureano invocó otra vez el matrimonio, el deber y el respeto. Desde el taburete, Anselmo preguntó si el respeto también olía a guaro. Varias personas se rieron.

Laureano escupió junto al poste.

—Hoy se ríen porque el cura los deja.

Se retiró con el machete a rastras. Esa noche Clodomiro no rezó. Esperó el regreso del hombre y

oyó gatos sobre el techo, campanillas de mula y a Anselmo toser al otro extremo del corredor.

Entrada la noche, la tos se mezcló con una discusión que Anselmo sostenía a solas. Le dijo al patio que el portón ya estaba cerrado, esperó una respuesta y se rió hasta quedarse sin aire. Lidia dejó un jarro junto al taburete. No lo tocó ni le pidió que callara. Desde los otros ranchos nadie vino a preguntar: todos conocían aquellas noches y sabían que acercarse podía alargarse.

Antes del amanecer, el jarro estaba vacío. Anselmo se lavó la cara, abotonó la camisa y se sentó frente a Clodomiro. Tenía los ojos rojos y la voz medida.

Con la primera luz, Clodomiro mandó llamar a Ramona, la mujer de Laureano. Quería que declarara ante él y dos testigos. Anselmo preguntó por qué debía bajar ella si el hombre era quien había subido a amenazarla.

—Para que quede constancia.

—¿En qué papel queda el miedo de venir hasta aquí?

Clodomiro guardó la pluma. Ramona no llegó. En la lista, junto al nombre de Laureano, dejó un espacio en blanco.

VII

Le levantaron a Clodomiro una casa de caña brava y barro cerca del cruce de trillos. Unos la llamaron casa de cura; otros, consultorio de tullido. El carpintero dejó el marco tan bajo que cualquiera debía agacharse para entrar, explicando luego que se debía a una mala medida.

Clodomiro colocó la Biblia en una esquina de la repisa y la aguja de Bernarda en la otra, de nuevo envuelta en el retazo de manta. Mandó llevar allí las hojas con nombres, las partidas de bautismo que empezaba a redactar y los papeles que el vecindario quería entender. Dijo que el corredor de Anselmo tenía demasiadas corrientes de aire para guardar tinta.

Junto a la mesa dejó una campanilla de bronce. Un golpe llamaba al muchacho de las sandalias; tres seguidos hacían salir a los vecinos que todavía respondían a sus recados.

Dorotea entró un viernes con tres documentos amarillos en la mano. Era viuda de un arriero ahogado y dueña de un solar de cacao que su cuñado quería quitarle.

—En el trillo dicen que su palabra es ley para estas carajadas de herencia.

Clodomiro respondió que solo aconsejaba según los libros. Dorotea extendió los papeles.

—Aconseje bien para mantener a ese hombre fuera de mi cocina.

El cuñado llegó poco después. Dijo que la ley municipal entregaba la tierra de la viuda a la familia del marido si no había carajillos varones.

Dorotea levantó la barbilla.

—La tierra me conoce a mí.

Clodomiro dejó los libros cerrados y preguntó quién había podado el cacao, quién cargaba el agua y quién había pagado la semilla. Dorotea respondió a las tres. Nadie señaló al cuñado.

El cuñado miró hacia la puerta. Los dos vecinos que esperaban su turno no se apartaron.

El hombre salió maldiciendo. Dorotea dejó una papaya en la puerta la semana siguiente; luego un balde de yucas; después, un jarro de leche. Clodomiro le pidió que no llevara ofrendas.

—Yo no cobro por la justicia.

—No me gusta dejar favores pendientes.

Clodomiro guardó los papeles de Dorotea en la gaveta.

—Déjelos aquí hasta que el juzgado pregunte.

Dorotea estiró la mano.

—Son míos.

—Aquí están más seguros.

Anselmo, sentado bajo el alero, arrastró el taburete hasta el dintel.

—Guardarlos no le da derecho a adueñarse de ellos.

Clodomiro devolvió los papeles, pero a partir de entonces pidió una copia de cada trato que resolvía. Lidia y un muchacho de las sandalias llevaban recados entre las casas. Poco a poco, la gente dejó de discutir primero en el corredor de Anselmo y comenzó a esperar bajo el dintel bajo.

Cuando se habló de abrir un camino hacia la carretera, Anselmo se opuso a que la decisión se tomara en la casa del cura.

—Un trillo no es un bautismo.

Clodomiro respondió que sin una dirección los machetes abrirían treinta caminos y ninguno llegaría a la sal.

El ruido de la discusión desordenó a Anselmo. Apretó el pulgar contra los remaches del taburete, pero perdió la cuenta. Miró hacia el patio y dijo dos veces que el camino no cabía debajo de la mesa. Luego se rió de una respuesta que nadie más oyó.

La conversación se detuvo. Lidia acercó un jarro al borde del corredor; un hombre bajó el machete que tenía sobre la rodilla. Nadie ocupó el silencio ni volvió la cara. Esperaron.

Anselmo respiró con la frente hundida entre los hombros. Cuando alzó la vista, encontró otra vez a Clodomiro.

—Entonces diga que quiere dirigir —contestó Anselmo.

La discusión terminó sin acuerdo. Anselmo se quedó sentado cuando los demás salieron; la tos le tomó el pecho y tardó en soltarlo.

Anselmo murió una madrugada de viento helado antes de que el pueblo decidiera nada. Después del entierro, su taburete quedó tres días atravesado en el corredor. Nadie se sentó.

Durante el velorio, Prudencia preguntó hasta dónde había llegado la creciente grande. Lidia recordó un cacao; Tomasa, la horqueta de un higuérón. Nadie sabía cuál de las dos marcas era la que Anselmo nombraba cuando hablaba solo. Clodomiro abrió una hoja, escribió creciente y dejó el resto en blanco.

Al cuarto día, Clodomiro mandó llevarlo a la casa baja. Ordenó que lo dejaran atravesado en el corredor. El primer visitante tuvo que pedir que lo movieran.

VIII

La primera discusión sería después de la muerte de Anselmo no fue por las almas ni por el templo. Fue por un puñado de sal.

Dorotea dejó en el corredor un cuchillo mellado, una botella vacía de quinina y una olla agujereada. El camino, dijo, solo servía si traía cosas que duraran. Prudencia apretó el asa de la olla y tomó aire.

—¿Quién va... quién va a pagar las mulas, las deudas y el uso de la naciente?

Clodomiro hizo entrar a todos. La casa baja se llenó de hombros agachados y machetes contra la pared. Sobre el taburete de Anselmo puso la sal endurecida y la caja de medicina.

—Podemos seguir contando los granos —dijo— o abrir un paso para que no nos cobren tres días de montaña por cada cucharada.

Una vieja del cerro levantó la voz.

—El paso sirve para traer sal —dijo—. También para que entren quienes escriben lo que uno no entiende.

Junto al dintel, una muchacha delgada sostenía la cuenta de su madre. Se llamaba Mascrina. Mientras los adultos discutían, siguió con el dedo las letras impresas en la bolsa.

—Aquí dice sal —murmuró.

Clodomiro la oyó.

—¿Quién le enseñó?

Mascrina dobló el papel de la cuenta.

—Las mismas letras. Se repiten.

La reunión duró hasta apagarse la hornilla. Clodomiro propuso un solo trillo, una cuenta común y que todo contrato de la carretera pasara por su mesa antes de recibir una huella. Dorotea aceptó el camino, no la condición.

Votaron con los machetes. El camino ganó por tres hojas. Clodomiro contó dos veces y anotó a quienes se opusieron, según dijo, para repartir mejor el trabajo.

El trillo tardó dos veranos y treinta machetes. Desde la hamaca, Clodomiro indicaba en croquis ajenos dónde debía doblar. Prudencia torció una curva para salvar su cacao; él mandó deshacerla. Ella dejó el machete sobre la mesa. Laureano cavó dos semanas sin acercarse a la hamaca. Sabía apuntalar el zanjón con bejucos y era el primero en meterse cuando el barro cedía. Al terminar, lavaba el machete junto a los demás y se iba sin mirar hacia el corredor.

Una tarde, el hijo de Laureano bajó con la cuenta de las jornadas. Señaló una cifra y dijo que a su padre le faltaba un día. Laureano le pidió que la leyera otra vez, tan bajo que solo el carajillo lo oyó. Cuando Victorio se acercó, le quitó el papel y aseguró que ya conocía el número. El muchacho guardó el carbón en el bolsillo. Al día siguiente, Laureano llegó antes que todos al zanjón.

—El barro no... no sabe leer sus líneas.

Clodomiro le preguntó si quería que Victorio corrigiera la cuenta.

—No necesito que el carajillo me preste la boca.

—La cifra no cambia por quién la diga.

Laureano miró el carbón que asomaba del bolsillo del hijo.

—Eso es lo que ustedes creen.

Se metió en el zanjón antes de que alguien pudiera reírse.

Con las primeras lluvias del segundo verano, la curva rehecha descargó barro sobre las matas que Prudencia había querido salvar. Ella llevó una raíz desnuda a la casa baja y la dejó junto al croquis.

Al final el camino salió donde convenía a las mulas y no donde indicaba el dibujo.

Subieron sal, clavos, keroseno y un molino de mano. Llegaron también espejos, zapatos de hebilla y nuevas formas de avergonzarse. Frente a la pulpería, el polvo rojo de las mulas se pegaba al cacao; al atardecer, el cuero mojado y el keroseno tapaban el olor de las mandarinas podridas bajo los árboles. Una mesa de tres patas empezó a parecer atraso.

En la primera temporada, la hija de Tomasa recibió quinina antes de que la fiebre le cerrara la garganta. El mismo verano, el alambre nuevo cerró el paso que dos familias del margen sur usaban para llegar al río. Tomasa pagó la medicina durante una cosecha y, cuando discutieron el camino otra vez, no levantó el machete a favor ni en contra.

Con los comerciantes llegó una carta del obispado, fechada años atrás. La vicaría se la había dado al primero que aseguró conocer el camino. Negaba la licencia hasta que un visitador conociera el valle. Ninguno venía con ella. Clodomiro la dobló bajo la Biblia y dijo que la respuesta había llegado tarde.

El comerciante de la costa instaló una balanza verde. Pesó guayabas, cacao y una gallina que Prudencia dejó en el plato sin permiso. Luego extendió un contrato a Teófilo, que puso la huella sin saber si vendía la cosecha o la mula del año siguiente.

Antes de cada trato apoyaba el pulgar en el plato vacío hasta que la aguja volvía a cero.

—Todo tiene peso —decía—. Lo que no cabe en la balanza cabe en la cuenta.

Mascrina estaba cerca. Reconoció cacao y una cifra que podía ser ocho o tres. Llevó el papel a Clodomiro.

El cura lo leyó en voz alta, explicó el precio y guardó el documento en su gaveta.

—Mañana se lo devuelvo cuando haga una copia.

Teófilo volvió dos veces. Una herencia ocupó la primera visita; el descanso de Clodomiro, la segunda. Recuperó el papel una semana más tarde, con una nota al margen que nadie más podía leer.

Mascrina observó la gaveta cerrarse.

—¿Qué escribió?

—Lo necesario para que no lo engañen.

—¿Y él sabe qué es?

Clodomiro alisó la nota con el pulgar y le pidió copiar las palabras de las bolsas nuevas. Mascrina lo hizo de pie, junto a la ventana. Era la primera vez que le permitían gastar tinta.

El lastre nuevo no trajo solo mulas; trajo la prisa. En la pulpería del comerciante las trojas de maíz cedieron espacio a los bultos de sal marina encostalada, a los rollos de alambre de púa y a las mantas gruesas de saraza que olían a bodega de puerto. Los carajillos, que antes pasaban la tarde aporreando frijol en las laderas, bajaron al trillo a alquilar el lomo por dos reales la jornada, acarreando sacos de cal viva que subían desde la costa en yuntas ajenas.

Por primera vez en el valle, la comida tuvo dos precios: uno para quien pagaba en grano y otro, más alto, para quien no tenía moneda. Clodomiro propuso levantar un templo con torre: serviría de refugio en los temporales, llamaría a misa y anunciaría a las mulas que el camino terminaba en un pueblo. El comerciante adelantó la cal y el hierro; el transporte quedó cargado a los portes de las cosechas siguientes. Clodomiro anotaba las diferencias al margen de su libreta de pasta negra, sentado bajo el corredor de la casa baja. Observaba cómo las carretas destrozaban el barro suave de la naciente y medía los sacos con la mirada. Cada carga de cal levantaba la deuda del pueblo antes que las paredes del templo.

Para cuando las primeras vigas de cedro llegaron desde el monte bajo, el valle ya no olía a tierra mojada, sino al azufre de la pólvora usada para reventar las piedras del río y a la grasa de los ejes que jamás dejaban de chillar.

IX

La torre no nació de la fe, sino del polvo blanco que la cal soltaba sobre la hierba. Tres cuadrillas de peones trabajaban desde el alba batiendo mezcla en grandes bateas de madera, mientras Clodomiro, con la campanilla de bronce sobre las rodillas, marcaba los turnos de descanso.

Jeremías llegó con una caja de cedro llena de herramientas. Andaba descalzo por la plaza con un engranaje de bronce en la mano. Quería instalar un reloj para que las audiencias, las cargas y las misas dejaran de hacerse a ojo.

—A ojo se duerme mejor —dijo Victorio, un muchacho flaco que vivía donde no pegara el agua.

La torre creció durante dos cosechas con piedra de quebrada y tablas de poró. A sus pies levantaron una nave de caña brava y barro, con altar y tres filas de bancos. Jacinto sembró albahaca junto a los cimientos. Mascrina contó sacos de cal y deletreó las marcas para Clodomiro.

Al excavar el primer contrafuerte encontraron una piedra ovalada, marcada con las mismas espirales gastadas. Una anciana reconoció la señal: su abuela decía que aquellas vueltas marcaban el nivel de la creciente que había arrancado tres ranchos antes de que ella naciera.

—Anselmo decía que las vueltas eran para acordarse —añadió la anciana—. Nunca dijo qué había que recordar.

Prudencia tomó aire dos veces antes de hablar.

—La... la piedra se queda donde está. Levanten la torre más arriba.

El constructor dijo que la base ya estaba trazada. Clodomiro hizo traer la hoja que guardaba entre las páginas de la Biblia. Comparó el dibujo con las espirales y pasó el pulgar por las palabras tachadas.

—Una marca no detiene el agua —dijo—. Una base buena, tal vez.

Mandó levantar el primer contrafuerte alrededor de la piedra, sin moverla. Las espirales quedaron hacia dentro. Clodomiro no apartó la mirada hasta que la cal cubrió la última vuelta.

Cada familia aportó un colón o dos jornadas. Clodomiro revisaba la lista y mandaba recados. A un hombre que debía tres consultas le asignó cuatro días de acarreo. El hombre dijo que debía a su conciencia, no a las piedras. Clodomiro anotó cuatro jornadas y siguió.

Cuando terminaron, subieron al cura en una silla entre cuatro hombres. Desde la altura vio el río por debajo de la plaza, el vado hacia las casas del margen sur, el lavadero detrás de cuatro cercas y, más arriba, la ladera seca. Apretó las manos sobre los brazos de la silla.

—No está mal.

El vecindario recibió el comentario como una aprobación. Mascrina cortó un pedazo de un saco vacío y se lo guardó en la cintura para practicar las letras impresas. Jacinto la vio hacerlo y no dijo nada.

Jeremías instaló la máquina de bronce. El primer mediodía despejado, el reloj dio doce campanadas y todos los perros de la plaza aullaron.

Al tercer día empezó a perder el paso. Atrasaba una hora, recuperaba dos minutos y volvía a perderlos durante la noche. Jeremías desmontó el mecanismo, cambió dientes y durmió junto al péndulo. La máquina siguió a su antojo. Apoyó el oído en la caja, limpió aceite con la uña y volvió a desmontar el péndulo antes del amanecer.

Los hombres exigieron que la arreglara. Las mujeres continuaron consultando la hora del parto, de la fiebre o del regreso de los hijos, aunque cada una recibía una respuesta distinta.

Clodomiro ordenó que, mientras el reloj aprendía a comportarse, la hora válida sería la que Jeremías anunciara desde la torre después de mirar el sol. Por primera vez, el pueblo esperó una campanada para empezar algo que antes comenzaba con el sol.

El visitador llegó una tarde en una mula ceniza. No traía acólito ni equipaje para dormir. Antes de aceptar agua pidió los libros.

Clodomiro hizo llevar a la casa baja las partidas, las cuentas de la torre y la carta que negaba la licencia. Mascrina pasó en limpio una hoja mientras el hombre comparaba fechas con la uña del índice.

Al llegar a la lista donde quedaba el nombre de Laureano, el visitador se detuvo en el espacio en blanco.

—¿Falta la declaración?

—No vino.

El hombre volvió la página.

Preguntó quién llevaba los registros. Clodomiro miró las manos manchadas de tinta de Mascrina.

—Yo los reviso.

El visitador escribió al pie de la negativa dos líneas que autorizaban el culto y los registros hasta una nueva inspección. Puso la fecha, apretó el sello y dejó la hoja abierta para que secara.

Antes de montar, levantó la vista hacia la torre.

—¿A qué hora suena?

Jeremías miró el sol.

—Al mediodía —dijo Clodomiro.

El visitador asintió. Mascrina sostuvo la hoja por los bordes hasta que el sello dejó de brillar.

X

Para la primera misa solemne del invierno, Clodomiro preparó frases durante una semana. Quiso hablar del trabajo compartido, de las puertas del cielo y de las viudas que defendían su solar con uñas de escarbar yuca. Pidió que lo acomodaran cerca del altar, pero no demasiado.

El templo no se llenó. Llegaron las beatas, dos deudores y varios campesinos que huían del aguacero. Jeremías se sentó junto a la puerta mirando el reloj, que marcaba las cinco.

Clodomiro inició el sermón. Una mujer preguntó si debía bautizar al carajillo antes de que la fiebre se lo llevara. Cuando él buscó la página que sabía de memoria, el niño empezó a convulsionar.

Jeremías dejó el reloj para traer agua hervida. Una beata extendió paños sobre el altar; otra apartó el cáliz con la manga. La madre sostuvo al niño mientras Mascrina contaba las respiraciones sin saber todavía cómo se llamaban los números que marcaba con el dedo.

La misa se desarmó sin que nadie diera la orden. Clodomiro conservó la Biblia abierta sobre las piernas hasta que comprendió que nadie esperaba la siguiente frase.

El carajillo dejó de temblar. La página del sermón se humedeció bajo la mano del cura.

Por la tarde, cuando los paños todavía se secaban sobre el primer banco, Dorotea entró con una cuenta

donde la deuda de su marido muerto aparecía tres veces. Puso semillas de cacao sobre la madera y las fue separando en montones. Mascrina reconoció dos cifras y señaló la repetida.

Clodomiro pidió que llevaran la cuenta a la casa baja. Dorotea no recogió las semillas.

—Aquí hay luz —dijo.

La cifra quedó corregida sobre el mismo banco donde había temblado el niño. Desde ese domingo, el templo fue refugio de carretas, sala de velorios y lugar de reunión cuando una disputa no cabía en una cocina. Las consultas importantes, insistió Clodomiro, seguirían en la casa baja, donde cada vecino agachaba la frente al cruzar.

Una mañana citó a dos carreteros según la torre. El reloj dio las cuatro bajo la neblina y las once cuando el trillo ya estaba vacío. Más tarde, uno pasó frente al dintel y anunció que resolvería el trato en la carretera.

Clodomiro señaló el campanario.

—Había una hora acordada.

—Había cacao esperando —respondió el carretero.

Jeremías bajó esa tarde con una manecilla en el bolsillo.

—No encontré la falla —dijo.

Clodomiro le exigió que lo arreglara.

—Si vuelve a dar la hora, van a esperarlo otra vez.

El cura miró hacia la torre. Después ordenó que no le dieran cuerda los domingos. Los carajillos subieron en secreto y usaron las campanadas para sacar el maíz del fuego.

Antes de la siguiente cosecha, Lidia dejó de bajar: su madre había enfermado y la necesitaba con dos hermanos menores. Antes de irse llevó a la casa baja a Mascrina, que ya ayudaba con las cuentas de la cal.

—Ella entiende los papeles —dijo Lidia, señalando a Mascrina—. Y no le cree todo.

Clodomiro fingió no entender la última frase.

Desde entonces Mascrina ordenó estampas, llevó cuentas de la cal y copió rótulos para el registro. Cuando pedía una hoja, Clodomiro le entregaba otra tarea.

Una tarde, Clodomiro puso ante ella dos partidas del mismo matrimonio. En una, el año terminaba en siete; en la otra, en nueve.

—Busque cuál se equivocó.

Mascrina comparó la tinta, el orden de los nombres y la edad del primer hijo. Señaló la copia que Clodomiro había escrito.

—Esa.

Él sostuvo la hoja un instante. Después le acercó la pluma buena. Mascrina tachó el nueve una sola vez, escribió el siete al lado y dejó caer arena sobre la tinta.

Clodomiro le preguntó cómo lo había sabido. Mascrina explicó la edad del primer hijo y la diferencia de color entre las tintas. Él quiso señalar

otra pista, pero se dio cuenta de que no la había visto. Le dejó llevarse el recorte de papel donde había hecho las cuentas. No pidió que lo devolviera.

Al devolverle el documento, vio una nota en el margen que cambiaba una letra del apellido.

—¿Qué dice aquí?

Clodomiro apoyó la mano sobre la nota.

—La siguiente partida.

Mascrina le devolvió la pluma. Él guardó las dos hojas en la gaveta.

—Los papeles se leen aquí —decía—. Afuera se pierden.

Al final de cada tarde cerraba la gaveta con llave. Mascrina seguía con la mirada el movimiento de su mano.

XI

Para entonces habían pasado cinco cosechas desde la apertura del camino. El vestido azul ya llevaba el dobladillo bajado dos veces. Mascrina hablaba bajo, caminaba rápido y a veces mentía sobre haber terminado de quitar el polvo para quedarse leyendo una línea más. Su madre le había enseñado a lavar con habilidad, a callar cuando los hombres hablaban de política y a sonreír sin enseñar los dientes. Ella había aprendido por su cuenta que una misma palabra cambiaba según la boca: deuda en la del comerciante, favor en la de Clodomiro, está bien en la de una mujer que ya no podía seguir cargando sábanas.

Una noche encontró a su madre calentando un recibo sobre la llama de la cocina. La mujer aseguró que solo quería secarlo. Mascrina leyó tres palabras enteras, dos a medias y una cifra que podía ser ocho o tres. Su madre le quitó el papel. Al día siguiente lo dejó otra vez sobre la mesa, junto a un trozo de carbón.

En la casa baja, Clodomiro permitía que Mascrina copiara nombres y cantidades, pero no que preguntara por las decisiones escritas al margen.

—Cualquiera puede copiar un texto, pero entender lo que dice requiere pensar.

Una tarde ella encontró una polilla muerta entre las páginas de la Biblia.

—¿Los libros también matan cosas?

—Solo es una polilla.

Mascrina dejó el cuerpo sobre el alféizar y siguió ordenando las partidas.

Pidió prestado un catecismo ilustrado, luego una vieja gramática y al final el manual de plantas que Jeremías había traído envuelto en manta. Clodomiro negó con la cabeza.

—Esa lectura no es para una muchacha que ocupa saber coser sacos.

—Quiero saber qué les pasa a las raíces.

Clodomiro guardó el manual debajo de la Biblia.

Esa noche Mascrina esperó a que Clodomiro roncara y abrió el manual junto a la vela. Aprendió que ciertas raíces se pudren con demasiada agua. Al copiar una frase confundió corteza con cosecha y no descubrió el error hasta que el dibujo dejó de corresponder con las palabras.

Volvió atrás, buscó cada letra y corrigió encima. La mancha quedó visible. Desde entonces sacó el manual por las noches y lo devolvió debajo de la Biblia antes de que Clodomiro despertara.

Dos días después, el limonero junto al lavadero amaneció con las hojas dobladas y el suelo convertido en sopa negra. Mascrina abrió con una cuchara una zanja hasta el trillo y apartó el barro del cuello de la raíz.

—¿Quién le mandó deshacer el jardín? —preguntó Clodomiro desde la hamaca.

—Se está ahogando —dijo ella, sin dejar la cuchara.

La cuchara siguió abriendo una salida hacia el trillo.

Una semana más tarde salieron dos brotes. Mascrina cortó el más débil para que el otro tomara fuerza y echó la ramita al fogón antes de que alguien pudiera llamarlo milagro.

En un trozo de papel escribió injerto. La palabra le salió mal tres veces. A la cuarta quedó torcida, pero visible. La guardó en el dobladillo de la manga izquierda del vestido azul. Días después la puso entre las páginas del manual para marcar la definición.

No imaginaba grandezas. Quería una mesa donde nadie le quitara los libros, una taza de peltre sin el borde roto, dos gallinas propias y una tarde para lavar el vestido y terminar el café sin oír su nombre desde el trillo. A veces pensaba en no casarse para no zurcir camisas ajenas. Otras pensaba en Jacinto, que abría hoyos junto a la torre y miraba las plantas antes de responder a las personas.

Una mañana leyó que injertar era obligar a una rama viva a abandonar su árbol. Jacinto, que dejaba unas macetas en el portal, la oyó murmurar.

—A veces no resulta, pero la única forma de saberlo es intentando.

Desde la hamaca, Clodomiro preguntó quién conversaba en el corredor.

Jacinto dijo su nombre.

XII

Jacinto cuidaba la albahaca y las plantas junto a los cimientos de la torre. Nadie recordaba quién lo había contratado; empezó moviendo tierra y el uso diario lo volvió necesario. Tenía manos anchas, hombros estrechos y una paciencia que se acababa sin aviso.

Por las noches, Mascrina llevaba el manual al cobertizo y lo devolvía antes del amanecer. Jacinto lo abría y pasaba el dedo bajo las líneas. No podía seguirlos. Una madrugada dejó el libro al revés y clavó el cuchillo en la mesa.

Mascrina lo encontró así. Enderezó el manual y señaló una palabra.

—¿Qué dice?

—Limonero.

Decía laurel. Mascrina tampoco estaba segura. Buscaron el dibujo hasta que la vela se gastó. Cuando dieron con la hoja correcta, Jacinto arrancó el cuchillo de la madera.

—Pude abrir una montaña y no puedo abrir esto.

Otro podía escribir su nombre, el año de su nacimiento o la tierra de su madre y volverlos ciertos. Jacinto sostuvo la página con el pulgar y dejó el cuchillo lejos de la mano.

Mascrina dejó el libro abierto en la página correcta.

A la noche siguiente Jacinto volvió.

Jacinto le enseñó a injertar. Ella sostuvo la rama mientras él abría la corteza, la ajustaba con un trapo húmedo y embarraba la unión para que no entraran hormigas.

—Ahora hay que esperar y no manosearla.

Mascrina se rió. Entró en la casa con fango en la falda y una hoja pegada al pelo.

Al amanecer, Mascrina sostenía el borde de la hamaca mientras Clodomiro cambiaba el peso y retiraba la batea de debajo de la hamaca. Él pedía cada tarea por su objeto y nunca por el cuidado. Después empezó a pedir el café a la misma hora en que Jacinto trabajaba en el jardín. Si Mascrina tardaba, tocaba la mesa con el palo. Dos golpes significaban dolor; tres, urgencia. A veces, cuando ella llegaba, la taza seguía llena.

También le encargó pasar en limpio las partidas viejas. Le permitía leer los nombres, pero cubría con la mano las notas del margen.

—¿Para qué copiar algo que no puedo entender completo?

—Para aprender el orden.

—¿El suyo?

Clodomiro mantuvo la mano sobre el margen hasta que ella bajó la mirada hacia el papel.

Una tarde Jacinto llevó dalias con raíz para el altar. El cura examinó sus uñas llenas de tierra.

—Se marchitan rápido con este viento.

—Por eso se traen con raíz.

Clodomiro dijo que el jardín necesitaba a un hombre cuyo nacimiento estuviera asentado y pidió ver el papel de Jacinto. El jardinero no lo tenía. Su madre había muerto sin registrar el año exacto.

—Entonces no puedo confiarle trabajo junto al templo.

Mascrina dejó el jarro sobre la mesa con demasiada fuerza.

—La albahaca no le pidió partida.

Clodomiro le ordenó guardar el manual en la gaveta. Ella lo sostuvo contra el pecho.

—Es de Jeremías.

—Y está en mi casa.

Mascrina lo dejó sobre la mesa. Clodomiro esperó a que saliera para girar la llave.

Esa noche pidió café dos veces. Dejó enfriar la primera taza y derramó la segunda sobre la manta. Afuera, Jacinto silbaba una canción que no sabía terminar.

XIII

Clodomiro comenzó a medir los días de Mascrina por las tareas que podía retener. Los lunes copiaba bautismos. Los miércoles ordenaba cuentas. Los viernes debía quedarse hasta que acabara la última audiencia, aunque nadie llegara.

Cuando Jacinto aparecía en el corredor, el cura recordaba un documento urgente. Una tarde pidió que descosieran una bolsa de archivos y volvieran a cerrarla por el borde contrario.

Mascrina cumplió las tareas durante semanas. Después dejó la pluma.

—No voy a seguir copiando para que usted guarde.

—Aquí nadie le ha negado aprender.

—Me deja mirar lo que le sirve que yo mire.

Clodomiro apoyó la mano sobre la gaveta.

—Sin orden, los papeles terminan en el gallinero.

—Con su orden terminan debajo de su llave.

Mascrina pidió el manual. Clodomiro dijo que primero debía terminar las partidas pendientes. Ella se acercó a la hamaca, desató de su cintura la llave que él llevaba a la vista y abrió la gaveta. No tocó los documentos. Sacó el libro, lo puso sobre la mesa y dejó la llave encima.

—Mañana no vengo.

Clodomiro sintió el dolor verdadero bajo la cadera y, por primera vez, decidió no mencionarlo. Tanteó la cuerda lateral. El nudo había quedado fuera del alcance de su mano. Esperó a que ella llegara al dintel.

—¿Y quién va a atenderme?

Mascrina se volvió.

—Eso es distinto a quién va a obedecerle.

Al día siguiente regresó solo para pedir la bendición. Estaba de pie, con el vestido azul manchado de polvo y las manos vacías.

—Quiero casarme con Jacinto.

Clodomiro cerró la Biblia.

—Espere.

—¿A qué?

Él habló de la falta de partida, de la pobreza del jardinero y de una unión que no podía sostenerse con albahaca. Mascrina escuchó hasta que repitió por segunda vez que Jacinto era poca cosa.

—Con él puedo aprender sin agachar el lomo para cada pregunta.

Clodomiro levantó la mano. Durante un instante pareció que iba a bendecirla. La dejó suspendida sobre la manta.

—No puedo autorizarlo.

—No me diga que es mandato del de arriba si es miedo de quedarse sin quien le alcance el jarro.

La mano cayó.

—Mientras viva bajo el cuidado de esta casa, no bendeciré esa unión.

Mascrina miró el dintel.

—Entonces ya no vivo bajo su cuidado.

Tomó el manual de la mesa y lo puso bajo el brazo.

—Jeremías lo trajo, no usted —dijo.

Salió sin esperar respuesta. Jacinto esperaba bajo el poró. Ella le quitó de las manos un saco de semillas, lo dobló y se lo puso debajo del brazo.

Caminaron hacia la ladera. Jacinto intentó tomarle la mano. Mascrina no se la dio. Cinco pasos después fue ella quien lo agarró por dos dedos.

Desde la hamaca, Clodomiro esperó las doce campanadas. El reloj dio nueve y guardó silencio.

XIV

La negativa salió de la casa antes que Mascrina llegara a la ladera. El muchacho de las sandalias contó que el cura no bendeciría la unión. Una beata añadió que Mascrina había abandonado su protección. Para la tarde, en la pulpería se decía que la muchacha se había puesto por encima de la iglesia.

Laureano oyó la historia junto al puesto de cuchillos. Años atrás, Clodomiro lo había expulsado del corredor entre risas. Ramona nunca volvió con él.

—Si el cura la soltó, alguien tendrá que ponerla en su lugar —dijo.

El comerciante sirvió aguardiente. Victorio celebró la frase. Otro hombre miró hacia la casa baja antes de reír.

Antes de guardar la botella, trazó una raya junto al nombre de Laureano.

—Lo servido también pesa —dijo.

Mascrina y Jacinto comenzaron a limpiar un solar en la ladera. Ella trazó con carbón una mesa contra la pared y una repisa sin cerradura. Jacinto empezó a clavar una cerca.

Mascrina dejó el carbón junto a la pared.

—El techo primero.

—El cerco deja ver por dónde entran.

—La cerca puede esperar.

Jacinto sostuvo la estaca un momento, arrancó dos que ya había clavado y empezó por el techo.

Esa tarde Laureano pasó por el solar. No entró. Preguntó desde el trillo si el cura ya había dado permiso. Jacinto se puso de pie con el machete en la mano.

Mascrina respondió antes.

—Pregúntele al cura por sus propios permisos.

Laureano sonrió y siguió caminando.

Clodomiro oyó las conversaciones desde la casa baja. Preguntó al muchacho de las sandalias quién estaba bebiendo y recibió los nombres de varios hombres que le debían favores. También oyó el de Laureano.

Podía mandar un recado: la falta de bendición no convertía a Mascrina en propiedad de nadie. Tomó la campanilla.

El badajo se movió sin alcanzar el bronce. Un golpe llamaría al muchacho; tres sacarían lámparas y machetes al trillo.

Pensó en Laureano, en Ramona sin declaración y en la posibilidad de que el aviso pareciera una defensa tardía de su propio despecho.

—Que se enfríen solos —dijo.

Devolvió la campanilla a la mesa. No envió a nadie.

Dentro del adobe corrió un ruido de agua. Afuera no llovía. Clodomiro esperó a que pasara y no volvió a tocar la campanilla.

Jeremías vio a Laureano salir de la pulpería cuando oscurecía, con el machete mal envainado. Estaba contando los dientes de una rueda de bronce. Bajó dos peldaños de la torre, volvió a subir uno y perdió la cuenta.

XV

Mascrina salió del solar antes de que terminara la llovizna. Jacinto se había quedado fijando una viga y ella llevaba bajo el brazo el manual de plantas, envuelto en el saco de semillas. El camino hacia la casa de su madre pasaba junto a cuatro cercas y un lavadero de piedra. Las contó sin proponérselo.

En la segunda cerca oyó pasos. La llovizna había oscurecido el polvo sin volverlo barro, y cada pisada levantaba olor a tierra abierta. La tela mojada se le pegó entre los hombros; la cubierta del manual le marcaba las costillas.

No volvió la cabeza. Apretó el libro contra las costillas y aceleró. Los pasos también.

Laureano dijo su nombre. No sonaba borracho; sonaba como alguien que había ensayado la voz para no parecerlo.

Laureano apretó el machete.

—El carajillo ya me corrige los papeles. Antes bastaba mi palabra.

Mascrina no respondió. Antes de llegar a la casa de su madre, cruzó el portón del lavadero, vacío a esa hora, y empujó la tranca. Él metió el hombro antes de que cerrara.

—El cura dijo que ya no le debe cuidado a nadie.

—Dijo que él no me cuidaba.

Laureano empujó otra vez. Mascrina soltó el libro, tomó el jarro y lo golpeó contra el marco. El asa se

quebró con un chasquido. Conservó el borde de metal, frío por fuera y tibio donde el agua le mojaba la palma.

Él alcanzó a sujetarle la muñeca. Mascrina le clavó las uñas en la cara, pateó la puerta y gritó. El primer grito despertó al perro de la pulpería. El segundo encendió una lámpara en el rancho de Dorotea. En la casa contigua, otra mujer tocó el machete de picar yuca que guardaba detrás de la puerta. Después cerró su propio portón.

Laureano la arrastró lejos del umbral. Mascrina buscó con el pie el jarro roto, la pata de la mesa, cualquier cosa que cambiara el peso de los cuerpos. Volvió a gritar.

El tercer grito llegó hasta la casa baja.

En la ladera, el zinc nuevo devolvía los golpes de Jacinto y se tragó el grito.

Clodomiro reconoció ambas voces. La campanilla estaba al alcance de su mano.

La tomó.

Afuera, Mascrina volvió a gritar.

Clodomiro metió un dedo contra el badajo. Se dijo que tres golpes sacarían machetes al trillo.

Dejó la campanilla sobre la manta.

Llamó al muchacho de las sandalias. El niño tardó en volver con una correa y dos vecinos.

Dorotea llegó primero. Encontró la puerta vencida, a Laureano huyendo por el patio y a Mascrina de rodillas junto a la batea, con el borde del jarro en la

mano. Quiso levantarse; las piernas no la sostuvieron. El barro le llenaba las líneas de la palma y el metal volvía a cerrarle los dedos.

—No me lo quite —dijo cuando Dorotea intentó abrirle los dedos.

Dorotea se sentó a su lado y esperó. La madre de Mascrina llegó poco después, con el recibo doblado dentro del vestido, y se quedó junto al fogón sin saber dónde poner las manos.

Cuando Clodomiro llegó, llevado en el taburete por los dos vecinos y acompañado por el muchacho, Mascrina ya había soltado el metal. Levantó los ojos hacia el cura. Él abrió la boca para preguntar qué había pasado.

—Usted oyó —dijo ella.

Clodomiro no negó.

Antes de volver a la casa baja, el muchacho de las sandalias dijo que había visto a Laureano bajar hacia la quebrada, con una mano sobre la cara.

Jacinto apareció con el amanecer. Vio las plantas pisoteadas y el manual abierto en el barro. El papel donde Mascrina había escrito injerto se había pegado a una hoja. Recogió el libro sin entender las letras.

Encontró a Mascrina en la cocina de Dorotea. Dejó el manual abierto junto al fogón para que las hojas se secaran y se acercó con los puños cerrados.

—¿Dónde está?

—Hacia la quebrada, si no siguió huyendo.

Jacinto tomó el machete.

Mascrina extendió dos dedos y tocó el lomo de la hoja.

—No vaya solo.

No se abrazaron. Jacinto dejó el machete sobre el suelo y una mano abierta cerca de su pie. Cuando Mascrina pudo, puso encima dos dedos.

XVI

Encontraron a Laureano junto a la quebrada, con la camisa desgarrada y tres surcos de uña en la cara. Primero dijo que no recordaba por culpa del guaro. Después recordó solo los pedazos que lo favorecían.

Jacinto llegó antes que los demás. Lo golpeó una vez en la boca y levantó el machete.

—No —dijo Mascrina desde el trillo.

Jacinto no bajó la hoja.

Mascrina avanzó hasta quedar frente a él.

—No por mí.

La frase tardó en llegarle a los brazos. Dejó el machete en la tierra y golpeó el tronco de un poró hasta abrirse los nudillos.

Encerraron a Laureano en la bodega de cacao de Dorotea. Ella guardó la llave en el delantal y no dejó que los hombres de Clodomiro arreglaran el asunto en voz baja.

La reunión se hizo en la plaza. Sacaron a Laureano de la bodega y lo sentaron junto a la pared, con las manos atadas. La mujer de la casa contigua admitió que había cerrado su propio portón, aunque tenía un machete de picar yuca detrás de la puerta. Victorio, que había celebrado la frase en la pulpería, juró que un chiste no empujaba cuerpos. El comerciante dijo que nadie bebía con mano ajena.

Al volver Laureano la cabeza, un mechón pegado por la sangre dejó visible la mancha color vino detrás de la oreja izquierda. Uno de los surcos de Mascrina terminaba allí.

Clodomiro abrió la boca. Mascrina apartó la hoja que tenía delante.

—Perdón después.

Tomó otra y preguntó quién había visto salir a Laureano, quién oyó los gritos y quién cerró un portón.

Uno de los hombres del cura pidió que las declaraciones se tomaran dentro de la casa baja para no ensuciar la cal de la torre. Prudencia apoyó los dedos en la pared. La cal le quedó blanca en las yemas.

—La cal se lava.

Dorotea pidió que también anotaran dónde había estado cada cual.

Mascrina hizo una raya por cada persona y, junto a ella, la inicial del nombre. Cuando se equivocaba, tachaba una vez y continuaba sobre la misma hoja.

Victorio dijo que había visto a Laureano tomar el trillo. Tardó en admitir que no le preguntó adónde iba. Jeremías confesó que también lo había visto desde la torre.

—Estaba contando —explicó.

Mascrina señaló sus manos.

La mujer habló del machete quieto sobre la mesa. Victorio, del jarro de guaro. Jeremías miró sus dedos manchados de aceite.

—Sostenía una rueda.

El muchacho de las sandalias mostró las correas con las que había tardado en acomodar a Clodomiro.

Mascrina miró al cura.

Él mantuvo las manos debajo de la manta.

—La campanilla estaba junto a mí —dijo al fin.

No añadió que la había sostenido. Mascrina escribió una raya más.

Al amanecer llevaron a Laureano hacia el juzgado, con las muñecas amarradas a la montura. Pidió agua antes de doblar la cuesta. Mascrina empujó el jarro por el suelo hasta donde podía alcanzarlo.

Después escribió su nombre completo. La M le quedó demasiado grande y tuvo que apretar las demás letras para que cupieran.

Semanas más tarde llegó un papel grueso, impreso y sellado: el juzgado había recibido al hombre y citaba testigos para después de la cosecha. El papel no decía quién pagaría las mulas ni qué ocurriría si la audiencia se aplazaba otra cosecha. Mascrina leyó la fecha dos veces. Guardó una copia; el original quedó con Dorotea, no con Clodomiro.

Durante meses, las conversaciones se detenían cuando Mascrina entraba. Algunas mujeres le dejaron comida sin cruzar el umbral. Dos hombres prohibieron

a sus hijas acercarse. Una beata dijo que haber puesto nombres había ensuciado a todo el pueblo.

Prudencia apretó la bolsa de sal hasta hacerla crujir.

—Repítalo. Re... repítalo con Mascrina presente.

La mujer compró sal y se fue antes de recibir el vuelto.

XVII

Mascrina y Jacinto levantaron un rancho en la ladera. Nadie los ayudó a acarrear vigas. Al anochecer apareció un martillo junto a la puerta; al día siguiente, tres vecinos juraron no haberlo dejado.

La primera noche bajo el techo nuevo, Jacinto entró con un jarro de café sin avisar. Mascrina estaba de rodillas, separando frijoles. Se volvió tan rápido que golpeó la batea con el codo.

—No entre así.

Jacinto se quedó en el marco.

—También vivo aquí.

—No le estoy diciendo que sea visita. Le estoy diciendo que llame antes de cruzar.

Él apretó un puñado de frijoles. Dijo que no había levantado media pared para pedir permiso. Mascrina recogió la batea y dejó los granos en el suelo.

—Entonces duerma con la pared.

Jacinto salió. Tendió un saco cerca de la entrada. El viento le tiró polvo sobre la cara y a medianoche se levantó a sacudirlo sin hacer ruido.

El jarro quedó junto al marco hasta que el café perdió el vapor.

Al amanecer, Mascrina intentó subir una repisa. La tabla se le vino sobre un hombro.

—Jacinto.

Él apareció en el marco y esperó.

—Pase de una vez.

Sostuvo la tabla. Cuando terminó de clavarla, salió para volver con una olla y se detuvo otra vez.

—Ahora no haga carajadas —dijo Mascrina, pero se apartó.

La primera mesa quedó coja. Jacinto intentó igualar la pata más larga, pero cortó de más y la convirtió en la más corta. Al amanecer, el manual de plantas calzaba ese lado del mueble. Se rieron, aunque Mascrina retiró el libro antes de servir el desayuno.

Dos días después volvió a cruzar el marco sin llamar, con un puñado de clavos en la boca. Mascrina dejó de ordenar los frijoles. Jacinto retrocedió, escupió los clavos en la palma y golpeó la madera con los nudillos. Ella tardó antes de decirle que pasara.

Jacinto quería acompañarla cada vez que bajaba al pueblo. La primera semana ella lo permitió. La segunda se detuvo en el trillo.

—No necesito que me vigile.

—No la vigilo.

—Entonces deje de contar cuánto tardo.

Jacinto miró hacia la pulpería. Dijo que no podía olvidar lo que había pasado.

—Yo tampoco —respondió Mascrina—. Pero no voy a seguir esperando en cada puerta.

Él volvió solo a la ladera. Esa noche, cuando ella llegó, la lámpara estaba encendida y el marco libre. El viento movió la olla colgada y el hierro golpeó la pared. Mascrina volvió la cabeza antes de cruzar. Esperó en el marco hasta reconocer la mesa, la repisa y el carbón dentro de la lata. No llamó a Jacinto. Después entró.

Mascrina consiguió una taza de peltre sin el borde roto. Tenía el asa floja. Las gallinas que dormían bajo el corredor pertenecían a Dorotea y ponían los huevos en otro solar. Aun así, había una repisa que nadie cerraba con llave y un trozo de carbón guardado en una lata solo para ella.

Jacinto aprendió a reconocer cinco palabras: semilla, agua, hongo, deuda y Mascrina. La última le costó más porque insistía en poner la ese al revés. Con las otras empezó a marcar en trozos de lata las semillas que prendían y las que se pudrían. Quería distinguir por sí mismo cuáles servían para la ladera y cuáles debía guardar para la tierra húmeda; no dejaba que Mascrina corrigiera nada hasta haberlo intentado solo. Ella aprendió a podar sin pedir disculpas a cada rama.

Un sábado, Dorotea llevó tres sacos para repartir entre la ladera y el margen sur. Mascrina buscó la cuenta y leyó una abreviatura como si nombrara maíz de altura. Jacinto abrió el primer saco, hundió la mano y sacó dos granos hinchados. Después comparó la marca del costado con una de sus latas. Aquel maíz no aguantaba tierra húmeda. Cambiaron los sacos antes de repartirlos. Mascrina corrigió la cuenta; Jacinto enderezó la lata con el pulgar y volvió a colgarla.

Lidia volvió de la loma una tarde con la madre recuperada y los dos hermanos detrás. Durante semanas había guardado bajo la estera el recibo de las visitas por la calentura. Reconocía el nombre de su madre y una cifra repetida; no sabía qué cobraba. Cuando uno de los hermanos se lo preguntó, no inventó una respuesta. Bajó con el papel y con la pregunta de si Mascrina podía enseñarle a escribir su nombre.

Mascrina puso la taza nueva sobre la mesa y buscó carbón.

—Aquí no cabemos todos.

Miró hacia el templo.

XVIII

La escuela empezó con siete bancos en círculo y una pizarra apoyada contra el altar. Mascrina había llenado ya el dobladillo y la repisa con palabras anteriores a aquella noche.

Lidia se sentó en el primer banco con sus hermanos. Mascrina tomó el recibo que había llevado y lo clavó en la pizarra. Señaló la fecha, luego una cifra repetida. Alcanzó a leer el nombre de la madre y el cobro de las visitas durante la calentura.

Lidia se levantó.

—Ese papel es mío.

Mascrina apartó la mano. Lidia quitó el clavo, dobló el recibo por la marca vieja y lo guardó en el pecho. Uno de sus hermanos ya había tomado el carbón.

—Hoy no —dijo ella.

Salió con los dos. Mascrina miró el agujero que había dejado el clavo. Después tomó el papel de Dorotea.

—¿Puedo leerlo?

Dorotea asintió.

Mascrina clavó el papel en otro punto de la pizarra.

Tres sacos de cacao a cuatro colones sumaban doce. Abajo, con otra tinta, aparecía dieciocho.

—Aquí están cobrando seis de más —dijo Mascrina.

El comerciante de la balanza, que había entrado para resguardarse del sol, soltó una risa. Explicó que las dos letras junto al número significaban porte.

Mascrina acercó el papel a la ventana. Había leído aquellas letras como parte de una firma.

—¿Cuánto vale el porte? —preguntó Dorotea.

—Depende del camino, de la mula y de la lluvia.

—Póngale número —dijo Prudencia—. Si no, vale lo que a usted le dé la gana.

Jeremías pidió el papel. Había visto la misma abreviatura en cuentas de engranajes, pero no sabía si allí cobraban el viaje completo o solo la subida.

Mascrina borró la raya que había puesto debajo de los seis colones.

—No sé si el cobro está malo. Tampoco sé si está bueno.

Un hombre se rió por lo bajo. Mascrina le arrimó el papel.

—Lea las dos letras.

El hombre dijo que la primera parecía una pata de gallina. Prudencia le quitó el papel.

—No se ría hasta entenderlas —dijo Prudencia, volviendo el papel.

Mascrina escribió porte en la pizarra y, debajo, una pregunta. Nadie supo qué signo poner al final. Jeremías dibujó uno que recordaba de un almanaque. Salió torcido. La clase continuó.

Durante las primeras semanas, Dorotea aprendió a firmar sin el pulgar. Prudencia leyó sal después de repetir la primera sílaba y se enojó porque todos aplaudieron. También llegaron dos hombres que fingían haber ido a cargar bancos. Uno era Victorio. La primera noche no se sentó. Tres clases después dejó el banco en el círculo antes de que se lo pidieran. Mascrina no le facilitó las letras ni se las hizo más difíciles.

Petrona asistió dos noches y no volvió. Mascrina la encontró bajo el alero, escogiendo semilla de cacao. Petrona dijo que la clase le quitaba la única hora sin carajillos para separar el grano y que, si necesitaba leer una cuenta, cambiaría huevos por la ayuda de Lidia. Mascrina le ofreció otro horario. Petrona negó y siguió partiendo semillas.

Las primeras palabras fueron casa, río, deuda y nombre.

El uso del templo se discutió durante tres domingos. Dos beatas exigieron que los bancos no dieran la espalda al altar. Las mujeres del cacao dijeron que no podían aprender al mediodía porque a esa hora el maíz se pegaba a las ollas. El comerciante ofreció guardar los papeles en la pulpería, ya que su letra era la más pareja.

Prudencia preguntó si también pensaba guardar la llave de las deudas que cobraba.

Mascrina propuso guardar las hojas en su caja de harina.

—Una sola caja es como una sola boca —dijo Prudencia.

Mascrina sintió el calor subirle a la cara. Estuvo a punto de recordar quién había reunido las primeras hojas, pero Dorotea ya traía una caja de cacao con dos cerraduras. Cuando vivía, su marido guardaba allí cuentas que ella no sabía leer; Dorotea nunca había usado las llaves. Esa mañana vació las cáscaras del fondo, engrasó la cerradura dura y puso ambas llaves sobre la tapa. Una llave quedó con Prudencia; la otra, con Tomasa, la beata que más se quejaba de los bancos. Para abrirla tendrían que presentarse las dos.

Votaron el horario levantando las manos. Mascrina había pedido cinco tardes. Ganaron tres y una noche después de la cosecha. Contó las manos dos veces, bajó la suya y escribió los días acordados.

Teófilo reconoció su nombre en un pagaré porque la T se parecía al mango del azadón. Juraba haber entregado dos sacos de cacao. El comerciante solo reconocía uno.

Mascrina y Dorotea encontraron un recibo por el primer saco y una mancha de tinta donde Teófilo decía que había estado el segundo. No pudieron probarlo. La deuda bajó, pero no desapareció. Teófilo salió enojado con el comerciante, con la escuela y con su propio pulgar. La semana siguiente regresó con el papel.

Por la noche, Mascrina copiaba los acuerdos y los guardaba cuando Prudencia y Tomasa coincidían con sus respectivas llaves. Si faltaba una, las hojas quedaban en la repisa de su casa hasta el día siguiente. En la pizarra conservaba además una copia de trabajo, llena de flechas y palabras a medio hacer. Algunos vecinos empezaron a consultarla como si fuera definitiva.

Una tarde, Tomasa llegó y Prudencia no. Una viuda de la loma alta esperó con una cuenta sobre las rodillas hasta que oscureció; debía cruzar el río antes de que subiera. Se llevó el papel sin abrir la caja. Volvió seis días después, molesta, y no agradeció cuando al fin pudieron leerlo.

Una de esas noches, después de copiar un acuerdo de linderos, Mascrina dudó de una palabra. En la copia de trabajo había escrito piedra partida. Al recordar la voz del testigo, le pareció que había dicho piedra pintada. La diferencia movía una cerca hasta el otro lado de un guabo. El original estaba dentro de la caja de cedro y dos familias pensaban colocar los postes al amanecer.

En el fogón quedaba café de la tarde. Lo calentó y añadió grano para que recuperara fuerza. Con el primer jarro pudo respirar hasta el fondo. Con el segundo leyó la línea once veces. Con el tercero descubrió otras dos palabras que podían estar equivocadas. El asa floja de la taza le golpeaba el nudillo; sostuvo el metal con ambas manos hasta que dejó de temblar.

Subió al rancho de Prudencia. La lámpara estaba apagada, pero la mujer respondió antes del segundo golpe.

—Necesito abrir la caja.

Prudencia sostuvo la puerta contra el pecho.

—Falta To... Tomasa.

—No voy a sacar nada. Solo quiero comparar una palabra.

—La caja no sabe la diferencia.

—Puede que mañana ya hayan movido los postes.

Prudencia miró la taza que Mascrina todavía llevaba en la mano.

—Mañana. Cuando estemos las dos.

—Y puede... puede que esta noche los mueva usted en el papel.

Cerró sin empujar la puerta.

Jacinto olió el café antes de que Mascrina cruzara el marco de su casa. Había dejado yuca cocida junto al fogón. Miró la taza, la olla vacía y el puñado de grano que ella acababa de moler.

—¿Cuántas?

—No las conté.

—Coma primero.

—Cuando arregle esto.

—La caja está cerrada.

Mascrina puso otra olla al fuego. Escribió partida, pintada y una tercera forma que al amanecer ya no pudo entender. Terminó por tachar partida en la copia de trabajo y dejó pintada encima. Eusebio pasó temprano por el carbón de la escuela; ella le pidió que avisara a las dos familias dónde quedaba la cerca. Jacinto preguntó si había visto el original. Mascrina respondió que recordaba la voz. Él no le quitó el café. Dejó la yuca donde pudiera alcanzarla y se acostó de cara a la pared.

Antes de salir, Eusebio copió pintada en otra hoja, con una n que parecía m. Nadie se detuvo a corregirlo.

Tomasa llegó después de la primera luz. Prudencia abrió una cerradura; ella, la otra. La palabra del original era partida. Mascrina la había copiado bien antes de desconfiar de sí misma. Afuera ya sonaban dos mazos contra los postes.

Mascrina dejó junto al original las tres hojas de la noche. Prudencia apartó la copia de trabajo. Tomasa no cerró la tapa hasta que Mascrina escribió error sobre la palabra, sin arrancar la hoja.

Prudencia cerró la caja. Tomasa guardó su llave. Mascrina bajó con Jacinto a devolver los postes. Teófilo había perdido media jornada y no aceptó que el café ni el cansancio sirvieran de disculpa. Mascrina cargó uno de los palos hasta el guabo y dijo delante de quienes habían empezado la cerca que se había equivocado.

Cuando otros vecinos del margen sur llegaron reclamando un lindero distinto, Mascrina esperó a Prudencia y Tomasa. Abrieron la caja con las dos llaves; ella comparó la copia con el original, llamó al testigo que todavía vivía y leyó en voz alta el asiento firmado tres lluvias atrás. Hubo que medir dos veces bajo el aguacero y regresar porque alguien había confundido un guabo con el siguiente.

Desde la casa baja, Clodomiro oyó las voces deletrear casa, río, deuda, nombre. Esperó que después de la novedad regresaran las consultas.

XIX

Clodomiro mandó colocar dos bancos frente a la hamaca. El primer día supuso que el viento se llevaba las voces y pidió acercarlos. El segundo ordenó retirar uno porque tanta madera estorbaba el paso. El tercero dejó la Biblia abierta sobre las piernas y esperó.

Llegó una mujer al mediodía. No traía fiebre, herencia ni marido de mano pesada. Quería la partida de bautismo de su hija, guardada desde hacía meses en la gaveta.

La humedad había borrado una letra del apellido. Clodomiro copió el documento, asentó la corrección y secó la tinta con arena. La mujer esperó de pie, mirando hacia el templo, donde varias voces repetían el nombre de su hija.

Recibió el papel, dio las gracias y se marchó sin sentarse.

—La gente está aprendiendo a resolver lo pequeño
—explicó Clodomiro al muchacho de las sandalias.

El niño dejó el jarro sobre la mesa.

Clodomiro redactó un horario de audiencias: lunes para tierra, miércoles para enfermedad y familia, viernes para faltas contra la fe. Lo clavó en el dintel. Los lunes oyó carretas. Los miércoles, ropa golpeada contra las piedras. Los viernes, las voces de la escuela.

Dejó de prestar partidas y contratos. Quien necesitara consultar un dato debía hacerlo en la casa baja. Mascrina pidió una copia del registro de nacimientos para una clase.

—Los originales no salen de mi cuidado.

—No pedí los originales.

La llave giró antes de que Mascrina terminara de mirarlo.

Mascrina dobló la solicitud y regresó al templo. Lidia volvió tres tardes después y se sentó cerca de la puerta, sin el recibo. Escribió su nombre con una d que ocupó media línea. Reconstruyó su año de nacimiento con lo que recordaba su madre y la cosecha en que había nacido. Cuando Mascrina preguntó por el lugar, Lidia dijo el nombre del cauce. Mascrina fue poniendo las sílabas al lado, una por una, siguiendo su boca. La clase siguió sin el registro.

Dorotea dejó una jarra de café en el banco mientras iba al templo con un testigo que había encontrado para un lindero. Días después, Lidia dejó agua al alcance y rechazó sostener la hamaca: su madre estaba sola. Ninguna cruzó el dintel.

Jeremías encontró un nido detrás del péndulo y una pajilla entre dos engranajes. Podía retirarla y hacer andar el reloj. Metió la mano, recordó la rueda que había sostenido mientras Laureano tomaba el trillo y la dejó quieta. Bajó el corrector de las agujas, lo puso sobre la mesa de la escuela y se marchó del valle. La campana dio horas incompletas durante dos días y se detuvo.

Clodomiro siguió mirando la torre cada vez que necesitaba saber cuánto llevaba esperando.

Una gota cayó sobre la repisa y manchó el lomo de la Biblia. Con el palo, el cura alcanzó la cuerda lateral

de la hamaca, tiró de ella y la enganchó en otro clavo para apartarse de la gotera. La tarea le abrió la piel de la palma. Cuando terminó, la lluvia se detuvo.

—Corregido —dijo.

No había nadie.

Las dos citaciones del juzgado llegaron después de la fecha escrita. Luego no llegó nada. Laureano no volvió al valle. Ramona envió desde el rancho de su padre una declaración que Dorotea guardó junto a la de Mascrina.

En la cosecha siguiente, Lidia dejó de borrar la d grande y escribió el nombre de su madre en una cuenta llena de abreviaturas. Marcó con carbón lo que no entendía y llevó la pregunta al círculo.

Meses después, Victorio leyó una cláusula que le quitaba dos jornadas. No pudo seguir la línea siguiente, pero puso el dedo sobre la cifra y exigió que el comerciante la leyera despacio. El papel volvió a escribirse antes de recibir la huella.

Eusebio empezó a llevar los recados de su casa al templo. Una tarde llegó a la casa baja con una hoja para Clodomiro. La dejó bajo una piedra en el umbral.

—Entre —ordenó el cura.

—Me dijeron que la dejara aquí.

El muchacho ya corría hacia la plaza, donde repartían grano.

Clodomiro levantó la campanilla y dio un golpe. Desde el templo siguieron contando.

XX

Diez inviernos después de la primera clase, la cortina apareció al comienzo del verano. Clodomiro pidió una tela gruesa para que el viento no levantara las hojas de la mesa. Dorotea llevó un retazo de saraza y Eusebio lo colgó de una cuerda entre la hamaca y el corredor.

Durante las audiencias, la tela permanecía recogida en un clavo. Clodomiro podía ver el dintel, el banco vacío y una parte de la plaza. Por la tarde la soltaba para impedir que el resplandor le diera en los ojos.

Un lunes llegó Teófilo con una consulta sobre el cacao. Permaneció en el corredor. Clodomiro habló desde detrás de la tela y oyó que el hombre se movía de un pie al otro.

—Acérquese.

—Lo escucho desde aquí.

La respuesta perdió una parte al atravesar la saraza. Clodomiro repitió la fecha y la cantidad con más volumen. Cuando terminó, Teófilo dijo gracias y se marchó sin pedir que anotara nada.

Al día siguiente, Clodomiro dejó la cortina cerrada desde la mañana. Dijo que las moscas se metían con la tinta. Una de ellas caminó por el borde del vaso, del lado de adentro.

La campanilla sonaba distinta detrás de la tela. El primer golpe hizo llegar a Eusebio. El segundo tuvo que repetirse. Más adelante, el muchacho respondió desde el corredor:

—¿Qué ocupa?

Clodomiro miró la cortina inmóvil.

—Que entre.

Eusebio asomó la cabeza, dejó una jarra y volvió a salir antes de que el cura terminara de indicarle dónde ponerla.

Una cuerda de la hamaca empezó a deshilacharse junto al poste. Clodomiro buscó un cordel de cáñamo más delgado. Anudó un extremo por encima del desgaste, tendió varias vueltas hasta un tramo sano y aseguró allí el otro extremo. Después arrancó tiras de una manta vieja y envolvió el refuerzo.

Sacó la aguja de Bernarda. Le costó enhebrarla. La apoyó contra la mesa, humedeció el hilo y falló dos veces antes de atravesar el ojo. Cosió entre sí los bordes de la tela, con puntadas cortas, sin alcanzar el centro de la cuerda.

Cargó el peso poco a poco. El cordel sostuvo.

Dejó la aguja envuelta en su retazo sobre la repisa. La mano siguió temblándole cuando tomó el vaso.

Desde hacía años, Lidia o Eusebio sostenían el borde de la hamaca mientras Clodomiro cambiaba el peso. Cuando él les prohibió mover los libros para atenderlo, dejaron paños limpios en el banco y entraron solo si los llamaba. Una mañana encontró bajo la cadera una mancha del tamaño de una moneda. Dobló la tela hacia dentro.

En la ladera, Dorotea, Mascrina, Jacinto y Lidia repartieron tres sacos. Una abreviatura servía para dos

semillas distintas; Jacinto abrió los granos y Lidia volvió a contar las familias. Al anochecer, Prudencia levantó la cafetera y todos se acercaron.

Detrás de la cortina, Clodomiro oyó las tazas. Alzó la campanilla. La saraza contuvo el golpe.

Dentro del adobe corrió agua. No llovía.

XXI

Las primeras manchas aparecieron en el registro de matrimonios. No eran negras, sino verdes en los bordes y blancas donde dos páginas se tocaban. Clodomiro dejó el libro abierto al sol del corredor, pero la cortina le cortaba la mitad de la luz.

Al separar dos hojas, una letra quedó pegada a la contraria. Clodomiro acercó el papel a los ojos. El apellido podía terminar en s o en z. Buscó una copia y encontró la misma humedad sobre la esquina.

Dejó el espacio vacío. Volvió después del almuerzo, escribió una s y secó la tinta con arena. Durante la noche despertó convencido de que había sido z.

La zona caliente bajo la cadera se abrió. Primero humedeció la manta. Después se pegó a la tela. Clodomiro puso encima hojas de periódico y quemó romero en una lata. El humo no sacó a las moscas.

Una mujer llegó por una partida. Cruzó el dintel, dio dos pasos y se detuvo antes de la cortina.

—Pase —dijo Clodomiro.

La mujer respiró por la boca.

—Puedo volver otro día.

—Ya está aquí.

Ella dejó el papel sobre el banco. Dijo que necesitaba recoger una ropa antes de la lluvia y salió sin esperar respuesta.

Dorotea entró esa tarde con manteca hervida y un paño limpio. Eusebio la ayudó a mover a Clodomiro un palmo; él se durmió antes de terminar una orden. A la mañana siguiente prohibió tocar los libros para cambiar la manta. Lidia dejó otra limpia en el banco y no cruzó la cortina.

Desde entonces, la comida quedó en la puerta. Los niños golpeaban el poste, esperaban la voz y se marchaban; a menudo Clodomiro terminaba de indicar dónde poner cada cosa cuando los pasos ya se alejaban.

En la escuela, Mascrina dudó si una cifra era cuatro o cuarenta. Escribió ambas y debajo: no mover nada. Prudencia se negó a abrir la caja sin Tomasa. A la mañana siguiente, la cifra resultó ser cuatro. Mascrina marcó la otra lectura como descartada, pidió a Lidia que firmara y comió la yuca fría.

El río empezó a bajar amarillo aunque no llovía en el valle. Prudencia encontró espuma y ramas verdes donde antes corrían hojas muertas. En la base de la torre, una grieta abrió una línea de cal y dejó ver la vuelta inferior de la piedra.

Jacinto metió el palo en la orilla. Al sacarlo, el barro le cubría la marca que usaba para medir los veranos.

En la casa baja, Clodomiro oyó el agua dentro de la pared. Esta vez el ruido no se detuvo cuando puso la mano sobre el adobe.

XXII

La decisión de sacar los registros no se tomó en una sola reunión. Primero apareció una letra pegada a otra hoja. Después se perdió la fecha de un bautismo. Cuando una gotera cayó sobre el libro de nacimientos, Mascrina llevó el asunto al círculo.

Cada dueño elegiría qué hacer con sus papeles: recuperarlos, dejar una copia o guardarlos en la caja de cedro. Los registros comunes se trasladarían para secarlos. Prudencia y Tomasa conservarían las dos llaves.

Clodomiro recibió el recado y contestó que los libros no se movían sin su presencia.

La lluvia fina de la mañana se retiró sin enfriar el zinc. Al mediodía, las láminas soltaron golpes secos mientras se acomodaban al calor. El keroseno de la lámpara olía más que de costumbre. Una mosca caminaba alrededor del vaso sin bajar al agua.

Los pasos llegaron juntos. La caja golpeó una vez contra el poste del corredor.

Jacinto apareció de lado bajo el dintel, sosteniendo un extremo del cedro. Teófilo cargaba el otro. Mascrina venía detrás con una hoja doblada; Prudencia llevaba una llave entre dos dedos. Dorotea se quedó junto al marco con un atado de papeles bajo el brazo.

Pusieron la caja sobre la mesa, junto a la campanilla. El pino se quejó bajo el peso. Prudencia introdujo su

llave en la primera cerradura y la giró. La tapa no cedió.

Tomasa llegó cuando el metal todavía vibraba. Traía la segunda llave colgada de una cinta por dentro del vestido. Se la sacó por el cuello y abrió la otra cerradura.

Dentro había dos tiras de manta encerada y el hueco limpio del cedro.

Mascrina extendió la hoja sobre la tapa. La fecha estaba escrita arriba. Debajo aparecían la firma ancha de Dorotea, la T de Teófilo parecida al mango de un azadón, la d grande de Lidia, varias cruces y tres huellas con los nombres puestos al lado.

Clodomiro miró la hoja y después la puerta.

—El temporal viene feo.

—Por eso mismo.

Los dedos de Clodomiro avanzaron por la manta hasta el mango de la campanilla. La levantó. La mosca pasó del vaso al bronce.

Teófilo cambió el peso de un pie al otro. Dorotea sostuvo el atado contra el pecho. Afuera, alguien acomodó un saco sobre el lastre.

Clodomiro mantuvo la campanilla encima de la mesa. Nadie volvió la cabeza hacia el corredor.

El borde de bronce tocó el pino sin sonar. La campanilla quedó inclinada contra la caja.

Clodomiro buscó el cordel debajo de la sotana. El nudo se había endurecido con el sudor. Metió la uña,

tiró dos veces y terminó por aflojarlo. La llave dejó una raya húmeda sobre la tela antes de caer en su palma.

La empujó hacia el centro de la mesa.

Jacinto tomó la llave. Abrió la gaveta y dejó la puerta colgando.

El primer libro tenía el lomo hinchado. Mascrina leyó las palabras borradas de la cubierta. Tomasa lo acomodó dentro de la caja, entre las tiras enceradas. Después entraron los registros de nacimientos, matrimonios y muertes, cada uno con una tira de papel asomada en las páginas que necesitaban revisión.

Jacinto sacó un legajo atado con hilo negro. Mascrina separó las actas de las reuniones y las copias de las declaraciones sobre Laureano. Dorotea puso la citación sellada junto a la copia y alisó ambas con la mano abierta.

En el fondo apareció el pagaré de Teófilo. Él reconoció la T antes que la cifra, tomó el papel y lo dobló siguiendo las marcas viejas. Lo guardó dentro de la camisa.

Las copias del solar de Dorotea quedaron sobre la mesa. Ella conservó dos debajo del brazo y puso la tercera en la caja, con su nombre escrito en el borde. Otros contratos salieron hacia las manos que esperaban junto al dintel. Cuando un dueño no estaba presente, el papel quedó aparte.

La Biblia permaneció en la repisa, junto a las hojas de los sermones. Nadie tocó esa esquina.

Jacinto pasó la mano por el fondo de la gaveta. Sacó arena de secar tinta, dos plumas sin punta y una moneda ennegrecida. Dejó todo dentro.

La puerta de la gaveta quedó abierta.

Tomasa bajó la tapa de cedro. Giró su llave y la guardó de nuevo bajo el vestido. Prudencia cerró la otra cerradura y se metió la suya en el bolsillo del delantal. Los dos clics no sonaron iguales.

Jacinto y Teófilo levantaron la caja. Al girarla, una esquina rozó la campanilla. El bronce se movió un dedo y volvió a quedar quieto.

Mascrina tomó la jarra. Apartó la mosca del borde del vaso, lo llenó hasta la mitad y lo acercó a la hamaca. Clodomiro no movió la mano.

Salieron en el orden en que podían sostener el peso.

La primera gota gruesa golpeó el zinc cuando Teófilo acomodaba el extremo de la caja. Otra cayó en el patio y abrió un punto oscuro en el polvo.

XXIII

La lluvia no aumentó de golpe. Repitió el mismo ruido durante la noche y continuó cuando amaneció.

El primer día se formó un charco bajo el limonero. En la casa baja, la venda de Clodomiro amaneció húmeda aunque el agua todavía no había cruzado el corredor. Eusebio llevó un paño, lo dejó en el umbral y dijo que volvería después del reparto.

En la ladera, Mascrina escribió sobre una tabla partida cada casa y, debajo, cuántas personas vivían en ella. Dorotea contó los sacos de grano seco. Jacinto abrió los que olían a humedad y separó las semillas que todavía podían guardarse.

La caja de cedro descansaba sobre dos piedras en el rancho de Prudencia. Durante el recuento no la abrieron.

Al final de la tarde, el barro alcanzó la vuelta inferior de la piedra. Prudencia pasó el dedo por la espiral y lo mostró manchado.

Mascrina escribió al margen de la tabla: barro en la primera.

El segundo día, el charco alcanzó el trillo. Las ruedas dejaron de marcar surcos separados y el patio empezó a parecer una sola entrada. En la casa baja, Clodomiro encontró dos hojas pegadas a la mesa. Las levantó juntas y perdió la mitad de una fecha.

La humedad no le olía a tierra, sino a papel podrido. Imaginó las manos de Mascrina separando los lomos

de cuero. Intentó recordar una fórmula en latín. De la garganta salió un silbido seco.

En la ladera faltaban tres familias y sobraban dos sacos de maíz de tierra húmeda. Mascrina quiso enviarlos al margen sur. Jacinto puso la mano sobre el primer saco y señaló el agua que ya corría por el vado.

—No llegan secos.

Dorotea repartió el grano entre las casas altas y guardó los sacos vacíos para envolver a los niños. Lidia corrigió el número de personas en una de las líneas. Mascrina tachó una vez y siguió.

El agua cubrió la mitad de la espiral inferior. La anciana que había advertido sobre la creciente tocó la piedra con el palo y se fue hacia la ladera.

El tercer día ya no se distinguía dónde terminaba el camino y empezaba el patio. El río perdió el amarillo y tomó el rojo de las lomas. Arrastraba hojas, cáscaras y una sandalia. Antes de que el cauce subiera llegó a las casas un olor de raíces arrancadas y cacao molido contra las piedras.

Mascrina no sabía cuántas personas habían en el templo, pero sí cuántas faltaban. Cada vez que llegaba una familia, tachaba una línea.

Dorotea dejó sus papeles dentro de una olla vacía y volvió por quinina, manteca y paños. No cargó nada que no supiera a quién pertenecía.

Clodomiro vio pasar frente al dintel tres sacos de cacao, una mujer con gallinas dentro de una red y un niño cargando un santo de yeso sin cabeza. Quiso

recordarles que la torre era el punto más alto de la plaza. Nadie se detuvo frente a la cortina.

Prudencia encontró espuma y ramas verdes contra el contrafuerte. La grieta de la torre había ensanchado la línea de cal. La piedra quedó visible hasta la segunda vuelta.

Mascrina trazó otra marca en la tabla.

Esa tarde, en la ladera, Dorotea contó que la herida de Clodomiro ya atraía moscas y que la comida quedaba sin tocar junto a la puerta.

Mascrina movía una olla de atol. Jacinto apretó con los dientes la ligadura del mango de una azada.

—Podemos dejarle comida —dijo él.

Mascrina miró el agua roja entre los árboles.

—También hay que sacarlo.

Subieron con la olla, una manta gruesa y hojas nuevas de palma para el techo.

XXIV

Ninguno agachó la cabeza más de lo necesario al cruzar el dintel. La cortina estaba cerrada. Del otro lado, el romero quemado no alcanzaba a cubrir el olor de la manta húmeda.

—Venimos a arreglar el techo y a llevarlo a la ladera —dijo Mascrina.

—Esta casa ha soportado inviernos peores.

Una gota cayó sobre la tapa de la olla.

Jacinto corrió la cortina y examinó el refuerzo de la cuerda.

—Uno de los nudos se está corriendo.

Clodomiro agarró el cáñamo antes de que lo tocara.

—Todavía sostiene.

Jacinto apartó la mano.

Mascrina señaló la plaza.

—El agua ya cubrió la primera vuelta.

Clodomiro habló de la base de la torre, del cauce y de las lluvias de las lomas. Mientras enumeraba, el estómago le respondió al olor del atol.

—Dejen la olla.

—Venimos por usted.

—Todavía no.

Mascrina sostuvo la tapa un momento. Después puso la olla sobre el banco.

Antes de salir, sacó la campanilla de debajo de la mesa y la dejó al alcance de su mano.

—Para pedir ayuda.

Clodomiro esperó a que se fueran. Comió el atol frío con los dedos porque la cuchara estaba en el suelo. Luego empujó la campanilla hasta el borde de la mesa. No cayó.

Durante la noche, la lluvia siguió con el mismo ruido. El agua entró primero por debajo del dintel y dejó una lengua delgada sobre el piso. Al amanecer había alcanzado las patas del banco.

La lengua de agua encontró las hendiduras del piso y se dividió en brazos finos. Uno rodeó la pata del banco; otro alcanzó la gaveta y oscureció la madera desde abajo. Cada gota del techo abría un círculo limpio que el barro volvía a cerrar.

Eusebio llegó con un jarro. Su madre tenía calentura en el pecho y partirían hacia el pueblo de lastre.

—Lo dejo lleno, padre.

—Lléveselo. Aquí hay agua de sobra.

Eusebio tomó el jarro y miró la campanilla.

—Déjela —ordenó Clodomiro.

En la tabla de Mascrina solo quedaban dos casas sin tachar: la de una anciana al otro lado de la plaza, donde también estaba su nieto, y la casa baja.

Mascrina partió el carbón al intentar hacer una raya.

—Primero la anciana.

La sacaron sobre una puerta usada como camilla, envuelta en sacos. Bajo la mesa encontraron al nieto aferrado a una jaula vacía. Cuando los dejaron en la ladera, Jacinto apenas podía cerrar la mano derecha.

Regresaron a la casa baja con una camilla, una manta y una mula que pateaba el agua frente al portón.

—Ahora sí —dijo Mascrina.

—Mi lugar está aquí.

Mascrina miró el corredor vacío, el banco y la gaveta abierta.

—No haga una raya por mí —dijo Clodomiro.

Jacinto pasó un brazo por debajo de sus hombros. El cura le golpeó la muñeca con el palo.

—No me toquen.

Un grito llegó desde la plaza. Una pared había cedido sobre un hombre que, ya evacuado, volvió por el maíz. Jacinto volvió la cabeza. La mula tiró de la cuerda.

Mascrina dejó la manta sobre la camilla.

—Volvemos.

Salieron hacia la plaza con la mula y las varas.

Clodomiro oyó los cascos hasta que el agua deshizo el ruido. Primero borró las herraduras contra el lastre; después, el resuello de la mula y las voces.

La lluvia se detuvo.

Un claro pálido se abrió detrás de la torre. Por primera vez en tres días, una franja de luz llegó hasta la cortina. Clodomiro la recogió con el palo y la aseguró en el clavo.

El agua parecía quieta alrededor de las patas del banco. Enderezó la campanilla. Arrastró una hoja seca de la mesa y alisó con la palma el borde de un sermón. La tinta de la primera línea había corrido, pero todavía podía leer cielo.

El sermón se soltó de la mesa y abrió una esquina bajo el agua. Las letras negras se estiraron sobre el rojo del barro, primero como hilos y luego como una mancha sin palabras. Clodomiro intentó alcanzarlo con el palo. La corriente lo llevó debajo del banco.

Esperó el retroceso del agua.

Una rama golpeó el corredor y siguió flotando hacia la cocina. Clodomiro contó el tiempo hasta que apareció otro objeto: una cuchara, después una mazorca sin granos. Tomó la campanilla, la cambió de mano y volvió a dejarla.

El claro se cerró. El agua subió por las patas de la mesa sin producir oleaje. Cuando cubrió el primer travesaño, Clodomiro comprendió que no se había detenido; solo había dejado de sonar.

La lluvia regresó sobre el zinc.

La corriente hizo ceder la mesa hacia un costado. El vaso cayó primero. La campanilla rodó sobre el pino, pero Clodomiro la atrapó antes de que llegara al agua.

El refuerzo de la hamaca crujió debajo de la manta.

Uno de los nudos se había corrido. La aguja seguía sobre la repisa, fuera de su alcance. Junto a ella había un carrete nuevo que Eusebio había dejado semanas atrás y que Clodomiro no recordaba haber pedido.

XXV

Durante la madrugada, los objetos cambiaron de sitio: la lata de romero chocó contra el muro, la Biblia cayó de la repisa y flotó con las páginas hacia abajo, y el taburete de Anselmo pasó frente a la hamaca antes de detenerse contra el dintel.

La campanilla descansaba sobre el pecho de Clodomiro; cada vaivén de la hamaca producía dentro un golpe pequeño que él contenía con la mano.

Sacaron al hombre del maíz por un hueco de la pared, con una pierna torcida bajo el adobe. Lo dejaron en la ladera junto a la anciana y el niño. Cuando Mascrina revisó la tabla, la casa baja seguía sin raya.

Jacinto amarró dos puertas con haces de caña brava. No sabía nadar. Probó el nudo con todo el peso del cuerpo y tomó un remo corto. Mascrina se arrodilló en la proa con una manta y una tabla para apartar ramas.

La luz de la lámpara apareció frente al dintel.

—¡Clodomiro!

Él levantó la campanilla para que la vieran, pero no la hizo sonar.

La balsa chocó contra el marco. Mascrina pasó una cuerda alrededor del poste de la hamaca.

La lámpara barrió la casa en cada vaivén. La Biblia giraba junto al muro, hinchada y abierta; otras hojas se habían pegado al techo bajo de la hamaca. Del

sermón salía una nube oscura que el agua roja deshacía alrededor de las piernas de Jacinto.

—Es el último viaje.

Extendió los brazos.

—Venga.

—Lleven primero a los otros.

—Ya están en la ladera.

—Alguien puede faltar.

—Revisamos otra vez.

Jacinto se acercó y comenzó a desatar el borde de la hamaca. Clodomiro le golpeó la mano.

—Si me sacan de aquí, no vuelvan a llamarme padre.

Mascrina tenía barro en la boca.

—Hace días que no lo llamo así.

La corriente empujó la balsa contra el dintel. Clodomiro se aferró al refuerzo de la cuerda.

—Váyanse.

Mascrina esperó. Jacinto volvió al centro de la balsa. La corriente los apartó hasta tensar la cuerda.

Clodomiro contó seis golpes de remo. Luego cuatro. Después no oyó ninguno.

El agua alcanzó el pecho. Más fría por debajo, tibia en la superficie y cargada de hojas y keroseno, cerró el cáñamo alrededor de sus costados. El nudo cedió otro palmo.

Clodomiro apretó la campanilla.

Afuera alguien llamó una vez. Tomó aire para contestar y esperó una segunda llamada, más clara.

No llegó.

El agua le alcanzó la barbilla. Para respirar, levantó el mentón hasta rozar la cuerda con la nuca. Todavía tenía aire para una palabra.

Ayuda subió desde el pecho y se detuvo en la garganta.

En el remanso detrás de la pulpería, Mascrina sujetó el antebrazo de Jacinto. La casa baja seguía sin raya. Él dejó que la corriente los apartara del poste y luego hizo girar la balsa.

La cuerda terminó de abrirse por dentro y, al cargar el peso sobre la envoltura, las puntadas saltaron una tras otra. La hamaca cedió de lado y Clodomiro resbaló hasta que el agua le cubrió la boca.

La campanilla golpeó una vez contra el suelo sumergido.

Mascrina cobró la cuerda mientras Jacinto empujaba con el remo. La madera raspó el dintel.

Con el vientre apoyado en el borde de la balsa, Jacinto se hundió hasta los hombros y tomó a Clodomiro bajo los brazos. La mano derecha, abierta por el rescate anterior, perdió el agarre una vez y el cuerpo volvió a hundirse hasta las orejas. La sotana se había torcido alrededor del travesaño roto de la hamaca y tiraba de la cintura cada vez que la balsa subía. Mascrina metió dos dedos entre la tela y el

cuerpo. El primer corte atravesó solo el forro. Apoyó la rodilla sobre la puerta, serró el paño mojado contra el filo y oyó saltar las costuras. La sotana quedó prendida a la casa como una piel vacía. Entre ambos arrastraron a Clodomiro sobre la madera.

Lo tendieron en el centro. Clodomiro expulsó agua y barro. Cerró los ojos y dejó que se lo llevaran.

XXVI

Dos días después, el agua dejó al descubierto la mitad de la plaza. La torre seguía en pie, rajada desde la piedra de las espirales hasta el primer arco.

La anciana dormía en el rancho de Prudencia; el niño conservaba la jaula vacía junto al catre. Al hombre del maíz le habían entablillado una pierna. Clodomiro descansaba bajo el alero, sobre la puerta que había servido de camilla, con una manta seca hasta el pecho.

Lidia le cambiaba el peso cada cierto tiempo y Eusebio sostenía la manta. Clodomiro intentó indicarles cómo hacerlo; al tercer intento se quedó sin aire y dejó que terminaran a su manera. La herida seguía allí. También el alivio.

La caja de cedro permanecía sobre las dos piedras donde la habían dejado antes del temporal. El barro había alcanzado la base, no las cerraduras. Prudencia llegó con su llave y esperó a Tomasa. Solo entonces levantaron la tapa.

El agua no lo había borrado todo, pero tampoco lo había dejado intacto. El barro de los bordes había vuelto ilegibles los nombres de las primeras familias y la mitad de las fechas antiguas.

Colgaron entre dos postes los papeles que cada familia había sacado de su casa. También estaban empapados. Las tintas bajaron por las hojas y mezclaron apellidos con cuentas de sal. En un contrato quedó legible la tierra, pero no la cifra. En otro sobrevivió la deuda y desapareció el nombre.

Mascrina escribió debajo de cada parte borrada quién podía repetirla. No llenó los huecos cuando dos personas recordaban cantidades distintas. Dejó el espacio entre ambas versiones.

Del nacimiento de Jacinto solo coincidían en el nombre de su madre y en que había llovido. Una mujer lo recordaba antes de la creciente del cacao; otra, después. Jacinto pidió que dejaran el año vacío.

Le pasó el carbón a Lidia. El nombre siguiente quedó en otra letra.

Lidia firmó como testigo del repaso.

Encontraron la casa baja abierta de lado. La gaveta seguía bajo la mesa, con la puerta desprendida y tres semillas pegadas en el fondo. Entre el barro al pie de la repisa apareció la aguja de Bernarda, torcida y con un pedazo de hilo oscuro en el ojo.

Jacinto la enderezó lo suficiente entre dos piedras. Lidia enhebró el hilo y Mascrina sostuvo el lomo hinchado de uno de los registros. Las puntadas quedaron desiguales, pero sostuvieron.

Desde el fogón, Prudencia levantó la tapa de la cafetera.

—Vengan antes de que se enfríe.

Lidia dejó el carbón. Mascrina cubrió con otra hoja el nombre que acababan de escribir. Tomasa arrimó el banco y Dorotea repartió las tazas.

Prudencia dejó la última sobre una tabla al alcance de Clodomiro. Él esperó a que todos tuvieran una antes de tomarla.

Mascrina recibió la taza de peltre. El asa seguía floja.

Se sentaron donde encontraron sitio.

Jacinto miró la mesa.

—Falta el pan.

Eusebio volvió la cabeza hacia el trillo. Después acomodó la taza entre las rodillas.

Mascrina bebió despacio. El café se fue enfriando entre ellos.

FIN



AUTOR

Raúl Méndez Rodríguez

Escritor, editor y desarrollador costarricense.
Trabaja entre literatura, edición independiente y
tecnología cultural.

Es autor de:

- Textos imprescindibles,
- Anexos,
- Cartografía del desaliento y
- Don Federico de la Torre.

E impulsa proyectos editoriales desde Sello EDI.

Paraíso



RAÚL MÉNDEZ RODRÍGUEZ

sello
EDI